

Historias Wixaritari

narradas por el Coronel
Oswaldo Ramos Vasconcelos





FOTOGRAFÍAS

PORTADA: Peregrinación a *Wirikuta*, dejando ofrendas en el santuario solar, ceremonia en Bernalejo.

pp. 2-3: El Coronel hablando con Hilario Carrillo de la Cruz, *mala'akame* de las Guayabas, afuera del templo de *Tatei-kié* o San Andrés Cohamiata.

p. 6: El Coronel con el *mala'akame* Hilario Carrillo de la Cruz de las Guayabas en Bernalejo, *Wirikuta*.

p. 12: Colás Carrillo, *mala'akame* y gobernador (*tatorwani*) de la comunidad de *Tatei-kié* o San Andrés Cohamiata.

p. 27: El Coronel y la enfermera Rocío Echevarría en el aeropuerto de Tepic, Nayarit.

p. 28: Al frente, Casiano y el *mara'akame* Jacinto de San José, en Bernalejo, *Wirikuta*.

p. 102: El Coronel en Bernalejo, *Wirikuta*.

p. 108: El Coronel afuera del templo de *Tatei kié* o San Andrés Cohamiata.

PRIMERA EDICIÓN, 2020

Diseño: Álvaro Figueroa

Fotografía: Kal Muller

Edición: Ana Ramírez Castañeda

© Rocío Echevarría Ortiz

© D. n. Casa Huichol, 2020

Asociación para la Investigación,
Capacitación y Asistencia Wixárica A.C.
Beatriz Hernández 1354
Col. Zoquipan, Zapopan, Jalisco
CP 45170

ISBN: (hay que tramitarlo)

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico
o electrónico sin la autorización escrita de los editores.

Impreso México / Printed México

Índice

7	Introducción / <i>Enfermera</i> Rocío Echevarría
13	Prólogo / Elisa Ramírez Castañeda
29	El texto
29	I. Invocación
31	II. Sobre los aspectos de la religión y la cultura
33	III. Conceptualización de las deidades
40	IV. De los hechos de las tres etapas
40	<i>La etapa de la oscuridad</i>
46	<i>La etapa de la penumbra</i>
63	<i>El tiempo de los santitos</i>
76	V. Origen de la peregrinación de la vida
83	VI. La gran gesta de la creación del sol
95	VII. El binomio náhuatl pre-mexícatl
103	Anexo 1
103	Explicación sobre los términos wirrálika y huichol
105	Explicación sobre la pronunciación
109	Anexo 2
109	<i>Curriculum</i> del Coronel
III	Lista de los participantes en una peregrinación a Virikuta
III	Las cinco puertas
115	Glosario



Introducción

Enfermera Rocío Echevarría

EN EL AÑO DE 1981 recibí de manos del teniente coronel Oswaldo Ramos Vasconcelos el libro que escribió un poco antes de morir y que le fue encomendado por su chamán como última misión en este mundo. Mi relación con el teniente coronel comenzó en 1972, cuando inicié mi servicio social de enfermería en la comunidad de *Tatei-kié* (San Andrés Cohamiata), municipio de Mezquitic, Jalisco. El coronel Oswaldo –comúnmente llamado “el Teniente Coronel”– era un hombre totalmente aceptado por la comunidad; a tal grado que participaba en el Consejo de Ancianos, quienes aceptaban sus sugerencias. Él ayudaba en problemas de tipo agrario que han existido desde tiempos inmemoriales. Propuso ante el Consejo la construcción de la carretera de San Andrés hasta Huejuquilla el Alto, Jalisco, lo cual se llevó a cabo durante el período del presidente Luis Echeverría Álvarez.

El teniente coronel era un hombre de personalidad muy fuerte. Tomaba determinaciones que eran aceptadas por los huicholes sin protestar. Cuando se inició la construcción de la carretera hubo un gran repudio al proyecto por parte de intelectuales; creyeron que de esta

manera se abrirían las puertas al mundo indígena huichol, violando lo que tenía de sagrado. El teniente coronel, en cambio, sentía que el indígena sería capaz de afrontar todos aquellos riesgos asumiendo las decisiones de lo que significaba el impacto tecnológico.

Desde las primeras veces que el coronel visitó la zona huichol, le interesó ver de qué manera podría apoyarlos para la construcción de la carretera. Él tenía la convicción de que los huicholes estaban bien enraizados con su costumbre y tradición milenaria, por ello, el proyecto de la carretera no era una amenaza sino al contrario: el proyecto sería benéfico para la preservación de su cultura y desarrollo.

El coronel tenía una visión muy clara y vanguardista para la época en torno a los derechos y respeto hacia los pueblos indígenas; en ese sentido creía que la tradición Wixarika, así como sus formas de organización social y religiosa, eran visionarias, siendo sus sitios sagrados una base cultural sólida para la preservación de su cultura,. Argumentaba que necesitaban la carretera para poder movilizarse, estudiar, defenderse y hablar por sí mismos. Se necesitaba abrir el camino para que también indígenas y mestizos pudieran trabajar conjuntamente por los derechos de los huicholes.

En el año de 1971 se dio la apertura de fronteras indígenas por parte del Presidente Luis Echeverría. Oswaldo Ramos Vasconcelos, quien durante ese período estaba en el Estado Mayor Presidencial, contó con su confianza, pues se autorizó el proyecto de la construcción de la carretera.

Conocí al teniente coronel, quien me consideró siempre como a una hija, y eso me permitió acompañarlo ante el Consejo de Ancianos, donde se deriva el poder de la comunidad. A través de él me acerqué a la cosmovisión indígena y empecé a tratar de entender el papel del huichol como siervo de la creación. El huichol se ofrenda a todas las deidades de la creación para que éstas cumplan su función a través de él. Si la tierra no es sembrada, ella no cumple con su fun-

ción. Si al sol no se le hace su peregrinaje anual, él no va a dar ni su luz ni su calor. Es por eso que el huichol pregunta al forastero: “¿tú cuándo le has hecho *costumbre* al sol? Es por nosotros que ustedes reciben el sol. Cada elemento de la creación tiene su función y nosotros somos los que tenemos que realizar estos sacrificios ante ella”.

A quien no se ofrenda a la creación, la creación misma le niega su cargo (recibir los frutos de la misma). Esa cosmovisión me obligó a descubrir en la creación los elementos que ella brinda: la medicina originaria, la herbolaria, el naturismo, el poder energético de la naturaleza; también me hizo recapacitar sobre la función que tenía en aquel momento como enfermera y como ser humano.

Mi relación con el teniente coronel prosiguió hasta 1981. En la Semana Santa de ese año me enteré de que Oswaldo había sufrido un infarto. Al llegar al hospital militar de Guadalajara lo vi salir de la sala de terapia intensiva en una camilla: le habían puesto un markapasos. Me preguntó: —¿Quién te dijo que yo estaba aquí?

Le contesté que un huichol me habló por teléfono, diciéndome que me mandaba llamar. Lo negó categóricamente: —Yo nunca te mandé llamar.

El teniente coronel me contó que él ya iba en el camino del espíritu con el chamán Colás cuando de repente una mano lo detuvo. Despertó en terapia intensiva. No se explicaba por qué no le dieron permiso de seguir.

Colás fue el principal chamán que tuvo en aquel tiempo *Tatei-kié*; tenía poder absoluto, pues era gobernador y kawitero. Era un mar’akame que representaba el poder tradicional y el gobierno huichol. Un poco antes de morir, me pidió que hablara con el Teniente Coronel porque tenía el deseo de que viniera, para pasarle sus plumas. Ahí me di cuenta del poder de Oswaldo, porque ¿cómo era posible que un chamán indígena le pidiera a un mestizo que le pasara sus plumas? El chamán desarrolla su mundo de poder a través del

muvieri, el poder de las plumas de águila; y el hombre toma su poder del poder de su *muvieri*. Colás era mi paciente, yo lo atendía y fui la última que estuvo con él antes de que falleciera. El teniente coronel le hizo el ritual de las plumas y Colás murió días después.

Así pues, Oswaldo iba con su maestro, el chamán Colás, en el camino hacia el espíritu, puesto que Colás tenía ocho años de haber fallecido. El teniente coronel empezó a llorar en su habitación del hospital militar: ¿por qué me regresaron, si yo ya iba en el camino?

No supe qué contestarle. Llegué a mi casa entristecida. Mi esposo, Kal Muller, tenía el encargo de escribir un libro sobre los huicholes. No podía hacerlo porque iba a fijar su residencia en Indonesia. Le platiqué lo que le había pasado al teniente coronel y propuso que fuera el mismo teniente coronel quien escribiera el libro, dado el enorme reconocimiento que tenía dentro del mundo huichol. Al día siguiente fui al hospital y se lo propuse: en aquel momento el Coronel entendió que su última misión en este mundo era escribir lo que él había aprendido de la cosmovisión huichol. Me dijo: –*M'ija*, ve y cómprame un cuaderno grande.

Era sorprendente verlo escribiendo el texto en sus últimos días, que me entregó con anotaciones hasta en la pasta final. Me dijo que no debía preocuparme por su publicación, porque ya estaban “concertados los acuerdos”.

He conservado el manuscrito desde el año de 1981 y ahora se publica para darlo a conocer a los interesados y estudiosos del mundo indígena huichol, para que se le hagan anotaciones y comentarios. El haber conocido a Oswaldo y entregar su libro a la publicación es el mejor tributo que puedo rendirle a su memoria.¹

¹ *Nota del Editor (N. del E. en adelante):*

—Se ha modificado el orden del manuscrito: se han incluido como anexos una disquisición sobre el origen del término huichol y otro sobre la escritura del mismo que ya no es vigente.

—A pesar de sus recomendaciones respecto a la escritura y el alfabeto huichol, no lo respeta: no es coherente.

—El autor ha explicado que adopta la forma antigua donde se usaba la *l*, en wixálica; castellanizada, se transforma en *r* wixárica. Como explica con profusión esta elección y pone ambas formas, se ha eliminado la forma castellanizada.

—*Tatei*: el autor explica que el prefijo *ta*, implica posesión, “nuestro”. Como no hay congruencia en el uso del prefijo y aparece separado o unido a lo que sigue, hemos optado —como se hace canónicamente— por escribirlo junto y con mayúscula, como corresponde a los nombres propios. *Tatei*, *Tatéwali*.

—Se han eliminado los acentos y las mayúsculas que usa el autor, con abundancia, en más del 60% de las vocales que escribe.

—Se acentúa, en este texto, como en español: las palabras esdrújulas (*Watákame*) y las agudas terminadas en *n*, *s* o vocal (*Nakawé*). Se ha tomado esta decisión porque actualmente, los *wirrárica* usan un sistema distinto para acentuar al escribir su lengua, o los omiten de todos los vocablos.

—Se han eliminado los puntos suspensivos, usados errática y profusamente, se han sustituido por puntuación convencional.

—Las comillas sólo se conservan cuando aluden a palabras textuales dichas por un huichol.

—Cursivas: palabras en español que tienen un significado distinto al usual. *Costumbre*. Coloquialismos e “incorrecciones”.

—Sólo ocasionalmente se ha modificado la puntuación o eliminado alguna palabra que parece estorbar el texto original.

—Se ha incluido al final un glosario de los términos **huicholes** usados en el texto.





I. EL CARGO

ROCÍO CONOCIÓ AL CORONEL en 1972 cuando llegó a la Sierra y encontró en él a un guía y un maestro, un protector que la instruyó y acompañó en las ceremonias y rituales de San Andrés Cohamiata, le mostró las obligaciones hacia la comunidad; así, y solamente, así pudo adentrarse al conocimiento y al aprendizaje de la sanación que por entonces, como joven enfermera, apenas intuía. Esta relación marcó el trabajo, las convicciones, el modo de relacionarse de Rocío con la comunidad wirrárica a partir de entonces.

Se rescata aquí un texto invisible donde se muestra, más que nada, dicha relación, a su vez espejo de aquellos tiempos, de las corrientes críticas de la antropología, de las políticas indigenistas en México, del carácter de las autoridades nativas y su vinculación con el resto del país, de una moda *New Age* y la apertura a nuevas vías de conocimiento, de reflexiones diversas sobre nuestra nacionalidad, lo nativo y la ecología, de la personalidad y fortaleza de Rocío y sus maestros: el Coronel —y de Colás, a través de aquel.

¿Por qué siempre se han mostrado los téwaris tan deseosos de vincularse con los huicholes? Esta manera de convertirse en servidor e intérprete de una comunidad, en miembro de un núcleo familiar o allegado a algún mara'akame —compleja y duradera modalidad— es la manera específicamente huichola de relacionarse con los forasteros: se hace sentir elegido, especial o único al beneficiario que se adopta; se le hace creer que tiene acceso a información desconocida, se le prohíbe revelar los secretos de un lenguaje supuestamente esotérico y exclusivo del binomio, se le convierte en parte de la comunidad —con sus obligaciones—, de la casa, de la familia. El forastero —téwari— está obligado, de por vida, a cumplir el cargo que se le adjudica. Al guía, cantador o amigo particular se le obedece, se le teme, se le promueve, se le ensalza; el cargo y las responsabilidades que implica ser maestro las heredan los seguidores. A cambio de este esfuerzo voluntario se llega a un nuevo conocimiento: la introspección en este caso, permitió a Rocío llegar a un método particular de sanación de sus enfermos huicholes.

En ninguna otra comunidad vemos este tipo de simbiosis ni tan peculiar relación: en otros lugares hay amistad, solidaridad, compromiso, culpas o vivencias compartidas, pero rara vez las relaciones están vinculadas al sometimiento, el pesado sacrificio. El sentimiento de tener una misión, un destino, una tarea histórica premia al elegido —como en cualquier secta— cuando cumple, entiende, es reconocido desde dentro como parte de la comunidad, semejante a sus compañeros en este viaje.

Alrededor de Rocío y acompañados por ella, hoy en día visitantes, investigadores, instituciones y creyentes han entrado por centenas a San Andrés Cohamiata; ha servido como puente entre los wirrárica y los téwaris hace casi medio siglo: es una mujer verdaderamente intercultural. También es profundamente religiosa; dedica su tiempo a la sanación de sus pacientes, a la bendición de las deidades de la creación.

El vínculo entre huicholes y forasteros es documentado desde 1895, por Carl Lumholtz y en ellos vemos una duplicidad constante: se afirma que son conservadores, arcaicos, separados del resto de la nación cuando el autor mismo nos cuenta de la existencia de censos, correo, una escuela, y rutas comerciales en la Sierra. Lumholtz fue seguido por León Diguét y Konrad Preuss, a principios del siglo xx, y unos años más tarde por Robert Zingg.

Participaron en contiendas y guerras nacionales, con Lozada y los cristeros. Tras las Cristiadas, llegaron los misioneros franciscanos a Santa Clara. No solamente hubo relación previa con los mestizos —conflictiva siempre con los vecinos próximos por la invasión de sus tierras—; desde 1932 hay en San Andrés escuelas, maestros, gestores del gobierno. Maestros, promotores, carpintería y un internado en Bolaños —convertido en Misión a principios de los años 40 del siglo xx— fueron creados en 1936 por Lázaro Cárdenas. Por entonces llegaron también los primeros evangelizadores del Instituto Lingüístico de Verano.

Para mediados de los años cincuentas, vemos un florecimiento generalizado de las artesanías que dura hasta ahora. El Centro Coordinador Cora-Huichol del Instituto Nacional Indigenista (INI), data de 1964.

Fernando Benítez entró a la Sierra por la vía del periodismo; hizo varios viajes en la década de los sesenta auspiciado por el INI y acompañado siempre por traductores al servicio del Estado. Su libro sobre los huicholes, con fotografías del italiano Benzi, se convirtió en literatura obligada para todos los visitantes.

El Plan Huicot, creado por el presidente Luis Echeverría, sirvió para implantar políticas específicas para la región. Bajo este programa trabajó el Coronel, se construyeron las pistas de aterrizaje y en San Andrés Cohamiata se abrió un internado-escuela, una tienda y un consultorio dependientes del INI.

En San Andrés, además de la pista, hubo una radiodifusora, ganadería, agricultura tecnificada, pozo, luz eléctrica. Algunos proyectos fracasaron, otros marcaron para siempre a la comunidad, su economía, su relación con el gobierno y los forasteros. Justamente tras las pistas y carreteras llegaron antropólogos redentoristas, madereros, nuevos místicos, mineros y narcos.

Varios viajeros o estudiosos mencionan al Coronel Oswaldo Ramos Vasconcelos y su apoyo a los huicholes contra la invasión de tierras y el robo de madera de sus territorios. También concuerdan al mencionar el prestigio que tuvo entre las autoridades y kawiteros de San Andrés. Cuando Rocío viajó por primera vez a San Andrés, ya había pista y tramos de carretera. El proyecto fue cancelado a fines de 1978, cuando se concluyó un tramo de la vía entre Zacatecas y San Juan Peyotán.

Más tarde, una importante oleada de antropólogos y visitantes de la Universidad de California llegó a trabajar e imprimieron sobre los huicholes un imaginario que habría de encaminar por otra dirección las relaciones con los extranjeros: los calificaron de místicos, religiosos, tradicionalistas, poseedores de conocimiento y prácticas ancestrales, guardianes del peyote —ya antes se había declarado el carácter de los wírráicas como artistas, chamanes, músicos.

La relación de maestro/iniciado que se estableció entre el Coronel Oswaldo Ramos Vasconcelos —a quien ya conocían y estimaban las autoridades— y Rocío, por entonces muy joven, reproduce una realidad que se da dentro de la comunidad, pero no fuera de ella: una relación de servicio, sacrificio, obediencia, responsabilidades ineludibles ante un cargo elegido libremente o concedido por el interés y cualidades del iniciado.

La Casa Huichol —antes casa-albergue y centro de salud— es la respuesta médica a problemas de salud; su mantenimiento, existencia, sobrevivencia y avatares dan cuenta el gran número de perso-

nas que han convalidado allí, con familiares, mara'akames, artistas y artesanos, huicholeros —y el premio Avon/ONU, acredita a la Enfermera Echevarría como benefactora por su labor y servicios hacia la comunidad. Actualmente, el proyecto tiene casa y terrenos propios. Ese fue el primer cargo que el Coronel le heredó a Rocío; se ha cumplido cabalmente y mucho más allá de las expectativas del difunto. Es el primer legado, planeado conjuntamente, cumplido y bien cumplido.



El segundo cargo, difícil y pesado, fue el retorno de Aparruki a la Sierra. Cuando Oswaldo Ramos Vasconcelos era soldado, en 1945, rescató un Cristo antiguo de las contiendas agrarias que se daban por el rumbo de San Sebastián. El Coronel se llevó la imagen a su casa. Actualmente, combinado con la Danza y el turismo ecológico, la Mayordomía de Aparruki es plenamente reconocida —y es ejemplo de la peculiar convivencia entre la comunidad y un grupo heterogéneo de visitantes que interactúan durante la Semana Santa. No solamente se trata de una imagen en una capilla, sino de una relación compleja y conflictiva, construida trabajosamente por Rocío y los huicholes, donde los límites, las responsabilidades y las satisfacciones han resultado muy fecundas y variadas. La intención originaria del Coronel ha sido cumplida: se salvó al Cristo, que regresó a la Sierra y ya es considerado habitante natural de la capilla de San Andrés.

La publicación de un texto escrito en sus últimos días fue el tercer cargo o encomienda que el Coronel le dejó a Rocío, como ella misma ha contado aquí.

II. EL TEXTO

El texto trata sobre la historia mítica de los huicholes y los ciclos festivos en San Andrés Cohamiata. El cuaderno entregado a Rocío —que ella me permitió fotocopiar— está cubierto, de tapa a tapa, con el texto del Coronel escrito a mano, con letra Palmer uniforme. Tiene pocas correcciones; si bien hay pasajes donde la letra se vuelve más tortuosa, en muy pocas ocasiones es ilegible.

Contábamos, paralelamente, con una transcripción —hecha al parecer por alguno de los extranjeros con quienes Rocío ha accedido a compartir el escrito— tan plagada de errores que resulta incomprensible. “Un escrito completamente esotérico”, comentó la última lingüista que lo examinó —quien por cierto no hablaba ni español ni huichol.

Tal y como cuenta Rocío, el cuaderno le fue entregado por el Coronel, quien lo escribió mientras se reponía de un infarto. Lo hizo de memoria, sin consultar ningún otro texto,¹ pero con la certeza de que debía publicarse —hay indicaciones sobre dónde insertar anexos, cómo debe leerse el wirríríca, un índice. En él vemos, sin embargo, la influencia de la literatura que por entonces circulaba sobre los huicholes. Entre las frases, hay innumerables puntos suspensivos: como si anotara ideas que pensaba desarrollar más tarde.

Es de agradecerse que el estilo del texto sea coloquial. Sin embargo, las anotaciones constantes impiden que se le lea como si se escuchara una plática. El tono es informal no se parece a otros estudios

¹ *Wirrarika Tunuiyari. Canto del huichol* de Oswaldo Ramos Vasconcelos editado por Ramón Mata Torres, fue publicado en 1968 por la Asociación de Festejo de Fiestas de Octubre en Guadalajara. Este antecedente, que no hemos logrado localizar, puede sin embargo inferirse por el acceso del Coronel a la bibliografía en inglés, y por su colaboración con los centros de estudios: es verosímil que escribiera de memoria este texto. Si bien el Coronel no era hombre de libros sino de acción, se ve en su escrito la marca de otros visitantes a la Sierra, de esos tiempos.

etnográficos o antropológicos de entonces en los cuales abrevia: la separación de los ciclos rituales en temporadas de secas y de lluvias propuesto por Zingg; la estrecha vinculación con el mundo antiguo mexica, semejante a la propuesta por Preuss y demás nahuatlizantes –a quienes desde entonces se acusó de aztequizar a los huicholes. Otra influencia –visible cuando habla de plexos, rayas, atención, edades, eras y relación con un maestro– son *Las enseñanzas de Don Juan* y sus coláteres, quienes llegaron a la Sierra Huichola desde fines de la década de los sesenta en busca de iluminación, sanación y verdades absolutas e inmediatas. Además de la seña de Castaneda, vemos la de Furst y todo el equipo de la Universidad de California, tan controvertido durante la última década de este siglo por los colegas de una nueva generación de antropólogos.

El Coronel tuvo un maestro y un guía constante en San Andrés: el chamán Colás.

El texto está escrito a modo de diálogo didáctico: alguien instruye a un oyente indefinido, pero más o menos al tanto de lo que se dice –los rituales, las edades, los ciclos festivos– siempre alegando que los “gringos” no entienden, ni ven, ni escuchan: preguntan cosas absurdas y nunca podrán adentrarse en los arcanos de la religiosidad y vida ceremonial huichola.

El Coronel afirma que es imposible conocer la experiencia religiosa de un pueblo desde el exterior, y que él lo había logrado gracias a su empatía, ya que él mismo pertenece a una nación indígena.

Nunca sabemos si es Colás apostrofando al Coronel y burlándose de él, o si es él –sintiéndose ya huichol y algo delirante– quien instruye a Rocío –o a cualquier otro lector. Como sea, el autor se postula como el único que ha logrado desentrañar los misterios de la compleja mitología y vida ritual de San Andrés, gracias a sus ancestros no huicholes, maestros wirríríka y sus propios sacrificios.

Rocío recibió el encargo de publicar este texto como él mismo lo había recibido de Colás, quien a su vez fue elegido por los dioses para enseñar y difundir este conocimiento, para aplicar y cumplir puntualmente con todos los rituales.

Si se trata de la voz de Colás —al modo de Don Juan— dictándole a su discípulo desde el otro mundo, salen sobrando las disquisiciones históricas, antropológicas o los argumentos de los estudiosos y las notas académicas; pero evidentemente no es la voz del mara'akame narrando sus historias, reescritas posteriormente por un forastero, ni tampoco del Coronel recreando el discurso de Colás.

Si se tratara, en cambio, de la voz del Coronel, la extrañeza de hablar en primera persona de la cultura de otros —“tú ya sabes, no sabemos, como te tengo dicho”— nos desconcierta.

Del escrito, como de todas las entrevistas o transcripciones de discursos huicholes, se deduce que ser huichol es una proeza, una lucha, un sacrificio y una dificultad permanente. “Es trabajoso”. Hay que cumplir constantemente las demandas de los dioses, las obligaciones contraídas con ellos. Los mara'akames o informantes y los huicholeiros y sus seguidores reproducen este lazo perverso: los aprendices de huichol deifican casi a sus maestros, lo cual les permite comportarse como tiranos caprichosos y arbitrarios. Lo que es significativo es que esta manera de convertirse en servidor e intérprete de los wirríríca, esta atadura a un cargo y normas ajenas —persistente y eficaz— se reproduce y repite hasta nuestros días en casi todos los autores que han escrito sobre los huicholes, desde Zingg en adelante; y sobre todo, de quienes se ocupan de su vida espiritual y religiosa. Fernando Benítez, Juan Negrín, Peter Furst, Barbara Myerhoff, Stacy Schaefer entre otros: todos los que hacen trabajo de campo, o viajan e indagan, deben pagar —con dinero y con sacrificio. Las relaciones son de individuo a individuo; el huichol casi reclama la propiedad

privada sobre algún téwari a quien ha introducido a su comunidad o sus enseñanzas y la cobra cara, alegando que el dar la información que les proporciona es peligrosa, delicada y singular. Además, al vender información, existe el peligro de la brujería, la envidia de sus congéneres o el castigo de dioses.

Al llegar a su tierra, los forasteros debemos lidiar con la arrogancia de aquellos que les han calificado últimos adoradores del peyote, quienes propician la existencia de la lluvia o del sol, a quienes debemos la posibilidad de la vida misma —todos los habitantes del planeta.

El Coronel ha sido descalificado por etnólogos y antropólogos posteriores: es considerado gestor o amigo, cuando mucho, no como autor.

El texto entra y sale de la forma coloquial a otra más académica y explicativa: pide disculpas, se instala en un yo narrativo, encomienda, da instrucciones. Habla en primera persona con un tú que nunca sabemos quién es, pero que no puede ser ni Rocío, ni un wirrática, ni a un téwari ajeno a la cultura huichola.

Entra y sale también del mito, narra una ceremonia, se detiene en recomendaciones muy concretas sobre la forma en que debe cumplirse un ritual. La última parte es enteramente didáctica, guía de comportamiento para no huicholes.

“Nuestros vecinos”, dice; o se queja de que nadie sabe ya adentrarse en las profundidades de la tradición, que ya no es así. Ni “ellos” mismos parecen ser ya ellos, añade.

El autor alega que cuanto se ha escrito sobre los wirrática es fragmentario; este escrito no es diferente: es parcial y caótico. Está dividido en varios fragmentos aparentemente inconexos e incluye listas de cargos, enunciación de participantes en un viaje a *Wirikuta*, etimologías e indicaciones sobre la manera de escribir el huichol.

No es de extrañar: fue escrito por el Coronel en el hospital, a sabiendas de que era su último cargo, en el umbral de la muerte.

III: UNA CONTROVERSIA ANTROPOLÓGICA

Tampoco se trata de un antropólogo trabajando con un informante. No es, para nada, un texto académico. Ni un texto ficticio. Ni un manual de procedimientos.

Sin embargo, muestra aquella contradicción que suele verse en los textos sobre “el otro”: una vez que se ha entendido un tema, ha de compartirse con quienes lo desconocen. Se ha penetrado en la cultura, dificultosa y lentamente; ahora hay que salir, pero siempre se dan por obvias o conocidas muchas cuestiones que no lo son. Ayuda leer a sus contemporáneos o a quienes, posteriormente, se han enfrentado a las mismas ceremonias, mitos y rituales.

Antropólogos, huicholeros y huicholes han construido una narrativa que, últimamente, ha demostrado ser falaz: sobre su aislamiento, su pureza, su carácter singular, su caprichoso hermetismo y desdén por lo “occidental”, su apego a la naturaleza. Con el tiempo, si hubo tal, el hermetismo varió; ahora, la cultura es el insumo dominante para vender al exterior: esta actitud es censurada y practicada por todos los que mantienen contactos y relaciones fuera de la comunidad.

El paso desde el paternalista protector del “huicholito” usado a principios del siglo xx al combativo y autónomo wurrírika actual no fue simple —como no lo ha sido en ninguna de las comunidades de distintas lenguas en nuestro continente.

Las primeras fotos que conocemos de los huicholes no muestran atuendos bordados —apenas un algodón oscuro— ni nada que denote su indianidad, su hondura cultural: no se distinguen casi de los coras, de los tepehuanos, de sus vecinos mestizos pobres.

La sobreabundancia de mara’akames y la gran cantidad del tiempo invertido en la vida ceremonial coinciden con la venta de su sacralidad y espiritualidad y la transformación de su arte y mitología en mercancía. La necesaria contraparte —vender lo que producen— llevan

a la creación de diseños variados y mutables, que son todo menos puros y que además van precedidos por innumerables escritos sobre el singular y acendrado genio de los huicholes como artesanos: no sólo cada huichol es sabio y místico, también es consumado artista.

Toda interpretación —las de los huicholes mismas incluidas— se refiere a lo que se ha dicho o se ha escrito sobre ellos: todos hablan de una temporada de secas y otra de aguas, del trinomio maíz-venado-peyote, del espiritualismo de los mara'akames, de la preponderancia de la vida religiosa sobre cualquier otro aspecto de la vida política, civil, económica.

Así los binomios como Benítez con Guadalupe de la Cruz, Furst y Myerhoff con Ramón Medina, Negrín y Prem Das con José Benítez —además de varios matrimonios interétnicos. Se favorece poco el trabajo con comunidades en general, se prefiere la información de huicholes en exclusiva.

El trabajo temprano con los huicholes se caracteriza por la preponderancia del uso de la información de profesionistas de la sacralidad, no de kawiteros o autoridades; si bien con frecuencia los mara'akames participan en asuntos civiles, no es en su carácter de autoridades que se relacionan con los estudiosos de las culturas.

A mediados de la década de los sesentas, un flujo de antropólogos —pioneros del *New Age* y de la antropología posmoderna— introduce nuevas modalidades en las artesanías: tablas, figuras cubiertas de chaquira, que si bien no son objetos sagrados ni ofrenda, se hacen pasar como tales. Con la proliferación de las mercancías hay una devaluación y se añaden a los objetos historias, se adjuntan mitos y símbolos que les dan un aura mística que los revalora; se dice que son objetos sagrados, hechos por sacerdotes, con mensajes a las divinidades, etcétera. Cada coleccionista alega la autenticidad de las artesanías recalificados como objetos sagrados o como creaciones artísticas individuales.

Salomón Nahmad, durante su estancia en el Centro Regional del INI, promovió esta reinterpretación a fines de los años sesentas. Materiales —chaquira abundante, tablas, estambres—, instructores, protección y preferencia de los promotores desde las instituciones —el Museo de Arte Popular— como Soto Soria, Guillermo Espinosa refuerzan la existencia del binomio maestro/iniciante, promotor del arte/artesano del que ya hablamos antes.

La producción de artesanía sustituye como fuente de ingresos el salario de jornaleros y cambia el carácter de la migración, que ahora es hacia los centros turísticos, más que a la costa donde fueron trabajadores temporales en los plantíos de tabaco.

IV: UNA PRAXIS

Toda ceremonia huichola es la repetición de un evento original, que debe llevarse a cabo para continuar la vida. Sin embargo, todos los investigadores reconocen que la individualidad del mara'akame que canta o dirige tiñe el relato y el rito, distinto no sólo en cada calihuey en cada ocasión según cada cantador. Cada cual tiene su modo de acercarse a los sobrenaturales, según el momento y la propia habilidad.

Los cantos, por tanto, no son nunca fijos: incluyen historia, leyendas, descripciones de rituales, música, danza y pantomima.

El interés primordial por los huicholes reposa en el interés por el peyote. Deben leerse con cautela los textos relacionados con la revelación, las biografías iniciáticas, las epifanías religiosas fuera de contexto; son caldo de cultivo de la charlatanería. Cuando mucho, la iluminación es intransferible.

Los wirrárica mismos, parecen relacionarse con el resto del mundo a través del híkuri a sabiendas de su seducción sobre los téwaris: lo administran, lo dan, lo miden, lo veneran, lo venden o intercambian con los vecinos, lo filman.

El único reclamo de los huicholes tras el levantamiento indígena en Chiapas, durante las mesas preparatorias para los acuerdos de San Andrés de 1996, fue la legalización y despenalización del híkuri: y eso solamente para ellos. Además, iban de mesa en mesa, no esperaban turno, no escuchaban a los demás ni se enteraban de sus demandas: para eso, los amanuenses téwaris —abogados, médicos, contadores de historias sobre su cultura, vendedores de su artesanía— discutirían sobre autogobierno, tenencia de la tierra, derechos humanos. Ellos lucen, sueñan, deciden en complicidad o con anuencia de sus dioses, no con sus semejantes ni con el poder. ¿Su deliberada separación, su grandilocuencia y altanería se sustentan en la premisa de que gracias a ellos la tierra vive y el sol renace?

Cuando se agudizan las relaciones conflictivas con los mestizos por tenencia de la tierra; se requiere de la defensa ante proyectos nacionales —presas, carreteras, minas— convocan a todos sus seguidores y, lejos de las explicaciones míticas sobre las diferencias entre mestizos y wixáricas, se apoyan en asociaciones, ONG's, amigos, INI, CDI, ahora INPI para luchar contra ellos: médicos, ingenieros, abogados, antropólogos, activistas constantemente a su lado. Jamás ocultan la utilización de todas las relaciones: piden sin humildad, reciben sin agradecimiento.

Rocío siente que fue iniciada por Oswaldo. Cuenta que fue el Coronel quien le enseñó el respeto y el cumplimiento exacto para poder permanecer en la comunidad. Si el wirrática vive en constante zozobra y cuida constantemente de no ofender a los dioses, los huicholeros también deben cuidar cada paso, cada giro, cada visita, cada intervención al participar en ceremonias o tratar con autoridades huicholas: no hacerse notar, no interferir, financiar, hacer exactamente lo que se espera de ellos. Se ha requerido, con creces, de cauces imaginativos para establecer una interculturalidad rica que no

sea sólo el resultado de la encomienda que le dejó su maestro, sino de una labor cotidiana, tenaz, misionera de parte de Rocío, quien recibió del Coronel no solamente un cargo: la encaminó sobre un camino, le dictó un comportamiento, le imprimió una visión del mundo que ella cumple con rectitud y honestidad.

De allí la necesidad de publicar este texto.

Se dice del Coronel que heredó los *murwielis* de Colás, que conoció mejor que nadie esa cultura, que opinaba que debía abrirse para mejorar sus niveles de vida, que fue funcionario de HUICOT, etc. Desde 1992, cuando *Apaxuki* fue llevado a la Sierra por Rocío, se estableció un vínculo entre nuevos huicholeros, danza azteca, concheros y San Andrés Cohamiata. Cada Semana Santa hacen su fiesta al Cristo y así incorporan al ciclo festivo otra ceremonia, que nada cuesta a los andreseños y les deja varias ventajas materiales. ¿Cómo acomodar aquí la historia de cuando los aztecas les robaron su sello? ¿O cómo Ramón Corona, su enemigo, mató a Cristo?

El vínculo de itinerancia –peregrinos y devociones coinciden– los hermana con los danzantes, que a su vez reviven, reinventan y reciclan de una manera peculiar su propias raíces. También comparten una obsesión por los orígenes y un fe irrevocable en su exacta y exclusiva interpretación –bastante alejada de la realidad histórica–, la espectacularidad performática de sus ceremonias, un afán redentor universal, la energía que nubla de polvo las festividades, los atuendos inventados, la espiritualidad mesiánica, la misión perpetuadora de lo auténtico, la custodia de lo natural, la exclusiva sobre la Sierra que, a pesar de los pesares, sigue siendo uno de los lugares más hermosos del planeta Tierra.





El texto

I. INVOCACIÓN

¡Oh, dioses nuestros! ¡Oh, divinidades nuestras! ¡Oh, ancestros sobrenaturales nuestros!

Nuevamente me veo ante la tarea de contar los hechos que ocurrieron en la obscuridad y los que luego siguieron en la penumbra de los tiempos. Pido a ustedes todos su comprensión, pido su perdón si mi narración no se ajusta a la verdadera secuencia de los acontecimientos, ya que no es mi intención omitir alguna cosa o distorsionar alguna otra. Sólo voy a narrar lo que recuerdo como ha quedado en mi memoria, así como fue captado por mi pensamiento.

¡Oh, divinidades! ¡Oh, ancestros sobrenaturales! Ruego la comprensión de ustedes y su ayuda ahí donde mi memoria y mi pensamiento fallen, ahí ruego la presencia de su ayuda para corregir mi error y mejorar mi propia comprensión.

A ti, Nuestro Inamovible Creador; a ustedes nuestros padres y madres, abuelos y abuelas, tíos y tías, a ustedes nuestros hermanos

mayores, a todos pido su perdón por mis involuntarios errores, pido su ayuda en mi tarea. No es que yo me considere capacitado para lo que me han encomendado mis compañeros y hermanos y, aunque al principio me he negado a aceptar, debido a mi incompetencia, al final he cedido.

Y ya que voy a acometer la tarea encomendada, dedico a ustedes la esencia de mi esfuerzo; no que lo considere un presente digno de ustedes sino que me atengo a la comprensión que nos dan todos y a la protección que nos otorgan. Así pues, dedico esta narración a todos ustedes, orígenes y ancestros nuestros, lo mejor que yo pueda conducirla.

A ustedes compañeros, hermanos y primos, quiero entregar lo mejor de mi esfuerzo; de antemano pido perdonen las omisiones y torpezas de mis palabras, lo que voy a decir puede ser afectado por mi confusión, por mi incapacidad de comprensión: perdonen mis errores que serán involuntarios.

También les aclaro que hay incidentes que yo no sé con seguridad, que no puedo tampoco averiguar porque no hay nadie vivo con quién consultarlo.

¿Cómo saber si me equivoco al referirme a una era y lo que pasó en ella? ¿Cómo puede saberse si vivimos en la quinta era o en la cuarta? Sólo los ancestros sobrenaturales lo saben y no siempre nos permiten escucharlos.

Hermanos mayores, mis tíos, mis abuelos escúchenme con benevolencia, yo sólo cumplo con su encargo.

II. SOBRE LOS ASPECTOS DE LA RELIGIÓN Y LA CULTURA

Invariablymente se es inexacto cuando se pretende hacer una presentación relativa a alguna forma de religión, sea ésta la propia o alguna ajena; no se es en ningún caso dueño de la objetividad precisa que, manteniéndonos imparciales, nos permita al propio tiempo adentrarnos y unificarnos con los sentimientos, experimentar los matices de los afectos y demás reacciones de lo que llamamos fe, para entonces emerger y dar una visión clara de lo que ocurre dentro de la religión. Cada autor simplemente describe lo que palpa desde su propio sentir, desde su sitio personal de observación y, lo que es más frecuente y negativo, juzgando la religión atestiguada con base en los valores de la cultura propia, tanto más injustamente cuanto más se carece de la capacidad de penetración.

Tal ha sido el caso de los juicios que se han emitido al describir a los huicholes, cuyo contexto religioso no será posible comprender en tanto no se penetre en el laberinto de su cultura, aunque entonces quizá sobre ya toda explicación. Si falta esta condición entre el que describe y el que atiende la descripción dada, cabrá apenas un bosquejo simple, siempre incompleto, pero en el que al menos se trate de evitar la inexactitud y se corrijan las distorsiones que se han extendido a partir de algunas otras descripciones.

En el sistema sobrenatural-natural huichol, la vida toda es un mecanismo de servicio religioso: plantas, animales, personas, todos tienen una parte a desarrollar en este juego religioso de la vida, compartido por los espíritus de la naturaleza, los señores de las direcciones y los señores de lo creado.

El espíritu religioso del huichol ha sido evidente desde los primeros atisbos dentro de su cultura ocurridos en la segunda mitad del siglo xvi y primeras décadas del siglo xvii. Los primeros misioneros tuvieron ocasión de observar de cerca núcleos de esta cultura pro-

cedentes de Guadalupe, Zacatecas; hicieron contacto entonces con grupos de cierta importancia, residentes a inmediaciones de lo que hoy son Huejuquilla, Mezquitic y Tenzompa. Ya las tropas tlaxcaltecas de los conquistadores españoles habían expulsado a los huicholes de las inmediaciones de lo que aquellos vencedores habían de bautizar como Colotlán.

Fueron esos misioneros los primeros en dar fe de la profunda religiosidad de esta cultura, a ellos se les hace evidente que los indígenas se ven atareados continuamente en los menesteres de su culto. También informan de la docilidad con que aceptan los sacramentos y las obligaciones que trae la nueva religión, con cuánta facilidad se avienen a las instrucciones que se les dejan para la buena observancia de la nueva fe. Hoy día, a varios siglos de distancia, los huicholes todavía siguen atareados en los menesteres de su vieja religión; también atienden diligentes algunas de las instrucciones que entonces les dieron relativas a la nueva creencia.

Dado que las muchas limitaciones imposibilitaron mantener alguna clerecía entre la población huichola, los misioneros tuvieron que atenerse a la buena voluntad de los supuestos nuevos cristianos esperando lograr la continuidad de la devoción y ejercicios religiosos, según se pretendía establecerlos. Señalemos, de paso, que esta aportación sirvió para incrementar el acervo religioso huichol; tal aportación se ha venido observando en los siglos subsecuentes hasta el día de hoy, constituyendo un agregado asimilado a la base religiosa previa. Los misioneros franciscanos siguen en su esfuerzo de evangelización, aún privan las muchas limitaciones que impiden la presencia misional en más de la mitad del territorio huichol.²

² *N. del E.* Aquí se ha eliminado un fragmento, que se incluye al final como Anexo 1.

III. CONCEPTUALIZACIÓN DE LAS DEIDADES

Al estudiar el sistema de integración religiosa huichol, quizá el elemento lingüístico más importante viene a ser aquel que establece la naturaleza de la relación entre los humanos y los seres sobrenaturales, este elemento lingüístico en la preposición *ta*, que en español corresponde al posesivo *nuestro*.³ A la deidad o al ser sobrenatural en general, se le llama con un término familiar anteponiendo siempre el posesivo *ta*, nuestro. Por un lado esta partícula de manera tácita hace evidente la relación del ser sobrenatural con todos nosotros; no cabe en el pensamiento religioso huichol circunscribir el concepto de deidad al campo de una persona como cuando se dice en español: “¡Dios mío”, sino que prevalece el concepto de relación con todos los humanos. Así que al expresarse: ¡*Tayau*! ¡Nuestro Padre!, ¡*Takutsi*!, ¡Nuestra abuela!, se está enfatizando algo en la deidad que nos es inherente a todos los humanos, huicholes y no huicholes, indígenas y no indígenas, por el simple hecho de ser humanos y, con ello, partícipes con las deidades en la condición de ser.

Por otro lado la partícula *ta*, en el uso religioso, lleva también implícita una buena parte del valor semántico de *nos* en cuanto a que el humano no ha de considerarse como yuxtapuesto a la deidad, ni mucho menos opuesto a manera de confrontación, como sucede en español y en las lenguas más comunes, en las cuales al invocarse a una deidad, en cualquier forma, se está haciendo evidente la relación

³ *N. del E.* Explicación intercalada en el texto, se ha incluido como nota para dar fluidez al texto. Se aplica este posesivo a la manera tradicional náhuatl, que de acuerdo con el uso social antepone el posesivo al término familiar de respeto y cariño al llamar cualquier persona mayor y se extiende aún a pequeños y aún a los de edad semejante, de modo que los ancianos serán llamados “mi abuelo”, “mi abuela” o “mi padre”, “mi madre” si se trata de alguien mayor que quien habla; o bien “mi tío”, si es un hombre con quien sólo se usa una expresión de relación atenuada; los del propio grupo de edad resultan “mi hermano” o “mi gemelo” (de aquí el “cuate” *coatl* mexicano), o cuñado para el amigo entrañable; los pequeños resultan “mi hijito” o quizá “principito”, “pequeñito” *pipiltzin*.

de dos entes: aquél que invoca y aquél que es invocado. Esta consideración de dos entidades como cosa separada, como entidades frente a frente, no es posible en el pensamiento religioso huichol. *Ta* es así el nexo indisoluble del ser humano con el ser sobrenatural que esté siendo invocado. Esto se hará particularmente evidente cuando se explique la forma de designación reservada al Ser Supremo.

Los términos de familia se usan en orden de importancia, a manera de una escala jerárquica (se evita hacerla notar abiertamente) según la calidad del ser sobrenatural y de sus funciones. Los términos de más alta consideración son aplicados a las deidades que estuvieron involucradas en la creación; a estos caben los nombres de tatarabuelo o bisabuelo, abuela y abuelos y aún tíos abuelos. Finalmente vienen aquellos que, aunque también guardan relación con aspectos de la vida, tienen reconocido un papel en función del desarrollo y desempeño culturales, estos son “nuestros hermanos mayores”.

El Ser Supremo, siendo tan inaccesible al pensamiento, se mantiene en esa posición implícita, por lo cual no es objeto de ningún término de familia. Los demás seres sobrenaturales, excepto los espíritus del inframundo, recibirán algún término de familia. Conviene aquí indicar que los seres sobrenaturales, siendo parte importante de la creación no son, sin embargo, objetos ellos mismos de creación, sino que vinieron apareciendo progresivamente, se hicieron evidentes poco a poco en alguna fase de la creación y luego en el devenir de la vida y de la humanidad. Además, como sucede en las diversas variantes de la mitología náhuatl, para confusión de investigadores extranjeros y nacionales, no es posible hacer un análisis individual del ser sobrenatural, sino que hay que considerar a cada uno en función de otros o bien a ese mismo bajo diversas denominaciones. Resulta pues, que uno es parte con otros y al final cada uno viene a ser parte con todos. Por encima de la enredada madeja resultante, sólo el Ser Supremo permanece inconfundible, demasiado profundo

y por tanto ajeno a toda convulsión y también por encima de toda necesidad de explicación. En el ámbito cultural huichol, como fue en otros grupos indígenas, al Ser Supremo ni se le reza, ni se le ofrenda. Al parecer no se le teme tan evidentemente, como a las deidades menores.

* * *

Tawe, ya tú lo sabes, es el modo que tenemos de nombrar a aquellos que están fuera de nuestra comprensión; los llamamos así reconociéndoles una característica en común, como lo demuestra lo que sería la traducción del término, que podría ser “Nuestro Inmutable”, el que no cambia y, por tanto, tiene el signo de eternidad, de infinito. Ya ves que todo lo que es mutable tiene principios y fines, al menos aparentes a nuestros sentidos, a nuestros pensamientos. Esto pasa con Nuestro Bisabuelo que se dice *Ta-Téwali*, ahora muchos dirán *Tatéwari*, medio españolizado. Es el más viejo de todos los ancestros, por ello se sitúa en el origen. En sí, puede ser infinito: que dizque al principio era un fuego sin luz ni calor; que dizque muchos sobrenaturales chocaron con él en el abismo de la nada, de la obscuridad; que dizque así fue que los puso en ignición, esferas enormes, cegadoras, calcinadoras, que se alejaron por todos los confines y poblaron de estrellas el oscuro firmamento. Si a lo mejor es, ¿quién lo sabe? Si acaso es eterno, ¿cómo negarlo, o como afirmarlo? Lo cierto es que ya ha mostrado sus caras y ahí es donde apareció su mutabilidad.

¡Ve tú a saber lo que hay de cierto! Mucho tiempo después se hizo manifiesto, ya fue en las edades de los humanos, fue entonces que se hizo de luz y calor; si no fue así, ya no hay con quién averiguarlo. Lo que es cierto es que todavía se manifiesta en su ser primario, el Dios Viejo es fuego sin luz ni calor y no sólo lumbre de llamas. Esto

es evidente cuando revienta la tierra y dispara sus piedras encendidas y chorrea por las laderas la piedra, que es como sangre incandescente de la tierra. Todo es como lumbre que encendió con su alma y se apaga y todo es piedra igual que la entraña de la tierra.

Mutable es Nuestra Abuela que se le dice *Takutsi*, la más vieja de todas las más viejas, entre las más, más viejas. Ésa sí que ejerce la mutabilidad, sus caras están por toda la tierra: vieja y todavía nueva; marchita y aún verde; yerta y todavía naciente; dadora de vida y devoradora de sus criaturas; un gran dechado de generosidad y siempre poseída de la mayor ferocidad. Lo que sí puedo asegurarte es que no manifiesta la ternura de las madres humanas; siempre ha sido implacable hasta la crueldad. Su nombre es *Takutsi Nakawé*. Tú notas la sílaba final de su nombre, el nombre habla de la inmutabilidad limitada entre los *kakaiyali* (o *kakaiyari*), deidades sin la jerarquía absoluta, *Nakawé* es “mi sobrenatural inmutable”, no alcanza el grado *ta-we*.

Contamos muchas historias de los *tatutsi* y de los *tatatali*; en realidad sabemos poco de ellos individualmente, nuestros antecesores no se detuvieron a contárnoslo. Un poco podemos describirlos por sus historias y por sí mismos, los abuelos y los tíos abuelos tienen sus cambios según dónde los ponen sus tareas; unos y otros parece que actúan en un conjunto donde intercambian nombre y funciones. Nosotros no averiguamos detalles, simplemente los aceptamos en su importancia y les asignamos ofrendadores.

Próximos a esta jerarquía situaré también a algunos de nuestros símbolos a los cuales asignamos ofrendantes; primero fue el *itsú*, la vara de la autoridad, luego fue el *teapali* (o *teapari*), la piedra circular de caliza volcánica que nos permite ver a través del tiempo y la distancia y que, en realidad, es una piedra votiva al sol (lo mismo que el que llaman “calendario azteca”); *matsuwa*, la muñequera del flecha-

dor; *tsikuli* (o *tsikuri*, como se dice hoy) tiene también su ofrendador, su nombre no quiere decir “ojo de Dios” sino que se refiere a los ángulos de la ofrenda; en realidad el nombre se da a la figura lineal que forma el codo cuando, para “presentar el rostro a las deidades”, se flexionarían los brazos hacia arriba por los lados de la cabeza. *Kulusrri* es nuestra forma de repetir la palabra española “cruz”; ésta también tiene su ofrendador. *Tseyu*, es el sello, ya te diré más adelante cómo nos lo robaron los mexicanos.

Mutables, pero en grado sumo, son nuestras madres, *ta-teiteima*, que es el plural de *ta-tei*, nuestra madre. Cómo no habrían de ser mutables si son ellas todas las formas del agua: *Tatei Alamala*, del Océano Pacífico; *Tatei Hatusrrame* del río Santiago (que desposó a Aramara, el mar rico, esquivando por pobre a *Kuyewwérika*, el río San Pedro); *Tatei Srrapawiyeme* del Lago de Chapala; *Tatei Uteanaka*, la que mora donde *Tatei Matinieli* (o *Matinieri*) a unos 20 kilómetros al norte de Salinas, San Luis Potosí. Aquella es madre de las venadas-agua, atracción de los venados de las direcciones. Ésta es la antigua “fuente del agua que fluye” fuente que fue abundante en medio del desierto y hasta tuvo su propio arroyo. *Na-Aliwame* (o *Na-ariwame*), en forma de serpiente roja, origen ella misma de las lluvias del oriente. En fin, la lista de las *ta-teiteima* es demasiado larga para repasarla aquí, nomás pienso cuantas son las formas del agua que nos son conocidas y que incluyen fuentes, océanos, nubes, lluvias de las direcciones, etcétera.

Nuestros hermanos mayores, los que llamamos *ta-matsi*, no pueden alcanzar el nombre de *ta-we* porque son muy mutables. *Tamatsi eaka téiwali* (o *téiwari*), “nuestro hermano mayor, señor del viento”, ése sí que tiene cambios; además es muy irritable. Le gustan los chivitos y tenemos que sacrificárselos; nosotros no nos los comemos porque parece que eso lo enoja; luego, luego nos enferma. También son

tamatsi: *Tomosrrawi*, aquel con quien se continuó la especie humana tras la gran destrucción del diluvio; *Watákame*, el primero que supo sembrar el maíz; *Masrrakuasrri*, que al mismo tiempo es *ta-tutsi* y *ta-matsi*, con el nombre de cola de venado inicia el camino hacia el oriente, hacia *Wilikuta* (o *Wirikuta* según, muchos dicen hoy). Ahí se nos confunde con *Tamatsi Kauyumali*, “nuestro hermano mayor, el venadito tierno”, al parecer sin pensamiento todavía, el joven venado que aún no tiene cuernos, el que algunos le dicen “venado cuatezón”. Y para qué seguir la lista, todos ellos son *tamatsi*, todos intercambian personalidad y funciones, todos patrocinan el conocimiento, los elementos de lo que llaman nuestra cultura.

Tayau, nuestro padre, refiriéndonos al sol, ese sí es *ta-we*, ya ves que es inmutable: gira y gira sobre sí mismo, siempre el mismo, diario parece que nace y renace y también parece que se nos pierde, pero es siempre el mismo. Su nombre ritual es *Tawesrriküa*, la *ü* de la última sílaba es muy débil y casi ni se nos oye; su nombre significa “Nuestro Inmutable Fuente de Calor” (y de la vida, nos dice toda nuestra religiosidad tradicional).

Tawe es también designación para el Ser Supremo, no tenemos una palabra para designarlo que pueda traducirse a otras lenguas como Dios. ¿Qué podemos hacer?, nuestra comprensión no alcanza a sujetar al ser supremo en un concepto que se exprese en una palabra como muchos creen hacer cuando dicen Dios. En lugar de un nombre usamos una forma alusiva y sólo cuando es ineludible una referencia directa, lo cual es muy raro. Dicha forma empieza con *Ta-we*, Nuestro Inmutable, para distinguirlo agregamos el calificativo *Wiékame* “al que le es dado crear”. *Ta-we Wiékame* es la única forma de alusión directa que nos permitimos, pero no creas que esto nos limita, ya que en realidad podemos referirnos a su ser por días y días de oración, de cantos y de narraciones, porque siempre lo hacemos implícito en nuestras expresiones, durante todo ese tiempo podemos

hablar de su Ser sin una sola alusión directa; en esto nos diferenciamos de los “vecinos”: ellos todo el tiempo dicen la palabra Dios y en verdad no hay significado, porque su expresión no lleva devoción, ni hay bondad en sus acciones: de tanto pronunciar el nombre han creado un hábito sin significado. Así es y no como te lo quieren contar.

IV. DE LOS HECHOS EN LAS TRES ETAPAS

En la etapa de la oscuridad

Tal vez ya lo has oído, tal vez tú lo sepas mejor que yo; las etapas de la creación son tres: la primera es la de la oscuridad, siguió luego la etapa de la penumbra, luego vino la etapa de la luz. La etapa de la obscuridad duró un tiempo incalculable, no había manera de contar el tiempo, ni siquiera existía el tiempo.

La etapa de la penumbra debe haber durado muchísimo, habría habido manera de contar el tiempo por el movimiento de los astros, pero parece que a nadie le interesaba que se contara, o tal vez hacía falta un modo más directo con base en objetos más evidentes, como la luna y el sol, pero éstos no tenían lugar todavía, aunque su presencia ya tenía lugar entre los que eran nuestros antepasados sobrenaturales.

El tiempo de la luz tiene ya una gran duración, sin embargo en sus primeras eras no había muchos seres que pensarán bien cómo contar el tiempo y los que había seguro fueron pronto olvidados con su obra. Parece que el tiempo se cuenta, entre los grupos humanos, desde que tuvieron la ayuda de Nuestro Padre, nuestras madres, nuestros tíos abuelos y nuestros abuelos, todos aquellos que tienen alguna función rectora en cosas que se relacionan con el tiempo.

La etapa de la luz es también la etapa de la vida, o tal vez la vida empieza en la penumbra. Estas raíces se remontan a nuestros ancestros sobrenaturales, quienes se manifestaron desde la etapa de la obscuridad y luego sobrellevaron gran parte de la actividad en la etapa de la penumbra, hasta que dieron origen a la etapa de la luz.

Las cosas que podemos contar con mayor abundancia de detalles ocurren en la etapa de la vida, con sus cinco o quizá cuatro eras, cuando ya hubo una gran intervención de nuestros hermanos mayo-

res. Pido a ellos y a todos nuestros ancestros sobrenaturales que me perdonen si lo que he dicho no resulta exacto en alguna parte. Yo no estoy seguro de aquellas cosas que ya no hay con quién aclarar. A ustedes, mis compañeros, también pido me perdonen si al hablar incurro en equivocación, me falta información: ni siquiera estoy seguro de las eras. ¿Quién nos puede aclarar si ésta es la quinta o la cuarta era? ¿Acaso los sobrenaturales nos enviarán alguna vez una señal o alguna palabra aclaratoria?

* * *

Pues se nos ha dicho que al principio no había nada, ni luz, ni sonido, ni calor ni cosa que los produjera; nada a qué referirse, nada en qué pensar, ni cosa donde rebotara un pensamiento. No había nada y la regla sólo era una, la nada, el vacío oscuro. En esta nada anidaba aquello: un abismo, el del caos de la nada era lo que lo rodeaba, ahí latía, sólo eso latía, no había manera de conocerlo porque nada o nadie había para conocer su latido, pues no tenía eco, porque en la nada no hay ni eco.

¿Y esto es el gran principio rector? ¿Rector de qué? ¿Un principio rector que rige nada? He aquí el contrasentido. Hoy aquello podría concebirse como una eterna farsa. El principio rector de nada. A esto se reduciría el propio principio rector: a nada. Al principio pues, era solamente la nada.

Tawe, pues, decide ser en pleno y para serlo tiene que hacerse; no es que tenga que crearse o recrearse a sí mismo, es que ahora será *en algo* y *en alguien*, su verdad será evidente para algo y para alguien, he aquí el fundamento que da lugar a la creación.

Confundidas con las sombras de la nada están las sombras incontables de nuestros ancestros sobrenaturales, pero todavía no hay creación, puesto que ellos son como emanaciones del ser único, su

conciencia es la misma y está supeditada al propio origen. Cuando ellos vibran y se deslizan sólo forman parte del latido del ser único, se proyectan a los confines y están siempre en su parte del ser único, sin noción ni de tiempo ni de distancia. Es que todavía no hay creación, pues.

En esta ocasión algo diferente late en el abismo de la nada, algo ha emanado de Aquél y late en las profundidades del caos. Esto que late ahora tiene su propio ritmo; a los sobrenaturales les parece que late solo, por sí mismo; esto los inquieta, les parece diferente y ello aumenta su inquietud. No se explican cómo ha venido a ser; no se les ocurre que, como ellos, esto también haya emanado de Aquél. Y en verdad que así fue; de esta manera se generó Nuestro Bisabuelo, es decir *Tatéwali*, más viejo que el más viejo de los viejos y bisabuelo de los bisabuelos de los bisabuelos. De alguna manera viene quedando en el punto de arranque de nuestro origen, por eso lo llamamos así: *Tatéwali*, Nuestro Bisabuelo, el origen de lo que vino después. Ya está ahí, sólo que está en su forma pura, en su forma original, que es la substancia misma que la de Aquél de quien se genera: *Tatéwali* es el fuego, pero es fuego en su punto de origen; es decir, fuego sin brasa ni llama, que equivale a decir fuego sin luz ni calor, pues todavía en él no hay nada que disloque la continuidad de la obscuridad, ni el frío uniforme de la nada. *Tatéwali* ya es evidente, aunque aún desconocido para los sobrenaturales. No lo conocen y su latir les inquieta más y más. Ya se preguntan unos a otros: ¿qué es lo que ocurre?, ¿qué será eso que nos perturba y que no estaba ahí?, ¿y si es alguien, qué cosa quiere?, ¿y por qué no nos lo informa a nosotros? Los sobrenaturales tienen éstas y otras muchas preguntas, pero no tienen ninguna respuesta.

Temerosos se reúnen continuamente a deliberar, trazan muchos esquemas y no ejecutan ninguno, parece que les falta valor. Ya su inquietud se vuelve enojo y angustia, les irrita que ocurra algo y nadie

les informe; dicen que son ellos los dueños del orden de las cosas; al menos piensan que así ha de ser en lo que ha de venir, no quieren que nadie escape a su orden.

Ya han convocado a los más valientes para enviarlos a averiguar qué es aquello y cuáles son sus intenciones. Ya varias veces los valientes han flaqueado al borde mismo del abismo: *Paliya Tēmai*, el del oriente; *Tseliákame*, el de la derecha, hacia el sur; *Alamala tsotuatēmai*, el de occidente, en la base de todo; *Ausrra Mánaka*, el de la izquierda, hacia el norte, pues; debajo de todos, *Isrruapa Tewiyari*, el de nuestro punto de observación; *Tékua Tsuemánaka*, que también dicen los coras, el que preside todos los alrededores. Ya todos se probaron; uno a uno hicieron el intento, luego por grupos, luego todos juntos. Pero he aquí que, según dicen, les faltó el valor; aunque ellos dicen que sí se atreven sólo que, como muchos otros, nomás esperan que alguien les ponga la muestra.

Hay alguien que no se ha presentado voluntario, alguien que todo él es valor; ya vienen los emisarios a invitarlo. *Srrulawe* les dice que tiene otras cosas que hacer, parece que a él no lo distrae lo que ocurre, él está ocupado en su ritual, parece que hace sus *srrapa*, esto es, que está haciendo su libro sagrado, un libro ritual: ahí está creando su *costumbre* y ello ocupa toda su atención; parece siempre alejado con su compañera. *Metseli* es el nombre de ella, los dos parecen ajenos a lo que los compañeros sobrenaturales hacen o sienten.

Se han repetido los mensajes y las invitaciones, ya toda la atención está puesta en *Srrulawe*, ya le han rogado, ya le han urgido, ya le han amenazado, ya han desesperado: *Srrulawe* sigue atento a sus quehaceres. Finalmente les ha contestado, quiere que hagan preparativos como los que él hace, de acuerdo a su *costumbre*: quiere que dediquen flechas votivas, quiere que dediquen jícaras votivas, que labren *teapali*, que labren *uweni* (las sillitas rituales), que recorten flo-

res de *srrapa* (el papel sagrado) y que otras las hagan de la base de los soteles; que junten cera de sus propios avisperos subterráneos y que tuerzan pabilos de algodón silvestre y hagan velas rituales. Que todo esto sea ungido con la sangre del sacrificio, sangre propiciatoria; también han de ungir su arco de guerra y el carcaj con veinte flechas de recia madera de brasil y puntas de obsidiana.

Los sobrenaturales se negaron. ¿De donde han de coger, pues, los materiales, si no existe ni una sola cosa y si no existen los lugares? ¿Cómo van a encontrar parte alguna donde buscarlos? *Srrulawe* los deja con sus dudas.

Ahora verás: los sobrenaturales tuvieron que aceptar las condiciones, así averiguaron sus propios poderes (nomás era cosa de usarlos) y ya tienen sus materiales, así también idearon sus propios diseños. ¡Como están contentos con su obra!

Ahora *Srrulawe* les exige que preparen el atuendo ritual: trajes ricamente labrados, tocado con adornos de plumas, piedrecitas de colores perforadas; espejos muy pulidos; manto de grana; *muwieli* de plumas de águilas; *takuatsi* nuevo, es decir el cestillo largo y rectangular repleto de plumas especiales y otros objetos rituales; sandalias de cuero recién curtido que refuercen el tobillo y afirmen la planta del pie. Todo le fue entregado.

A los sobrenaturales les dolió cuando tuvieron que ungir los objetos rituales, ¿de dónde iban a obtener sangre, pues, sino de sus propias partes? Les dolió, pues, cuando tuvieron que ungir los objetos con su propia sangre: se punzaron el pecho y la espalda, se punzaron las mejillas, las orejas y los labios. Se punzaron las muñecas, el pene, los muslos y los tobillos. De todos esos sitios tomaron su sangre. Los objetos rituales fueron ungidos con sangre consagrada. Hoy los objetos rituales todavía son ungidos con sangre consagrada. De allá viene el origen.

Varias veces hizo el intentó *Srrulawe*, otras tantas flaqueó; justo,

muy justo es el enojo de los sobrenaturales; *Srrulawe* se congela una vez más al borde del abismo. Cuando el enojo ya hierve de amenazas, cuando ya todos piensan que de los ojos de *Srrulawe* saltarán las lágrimas, he aquí que *Metseli* avanza. Ella ama profundamente a su compañero y no permitirá su afrenta. Resuelta, toma los objetos rituales, se arma con el arco y el caraj repleto con las flechas mágicas. Ya tensa el arco y lanza la primera flecha hacia el abismo.

Por el choque y el estruendo, el relámpago y las brasas; por las llamas que brotan de la nada, ella supo hacia donde dirigirse y resuelta salta, autoinmolada. Su cuerpo parece rebotar y al sumergirse brotan de la profundidad gigantes destellos, vuelan grandes fragmentos incandescentes y se elevan hacia el infinito grandes llamas; después se cierra sobre ella la oscuridad de la nada.

Los sobrenaturales están aterrados, sobrecogidos por el espectáculo y confusos por su ignorancia de lo que pasa, el miedo no los abandona, sus cuerpos se convulsionan, se estremecen al estruendo de las explosiones. Una luz intensa comienza a reflejarse en sus rostros, rebota en las superficies de las sombras, gradualmente se intensifica a medida que algo aflora: finalmente aparece una inmensa esfera ígnea, los deslumbra con su luz y los quema con su calor. Todos retroceden, se alejan de la esfera, están sobrecogidos de admiración, tiosos de terror.

La esfera se eleva sobre ellos y muy alta inicia su camino por el firmamento, tenue es su luz: ha iniciado la etapa de la penumbra; tenue fue su luz, pero acabó así la etapa de las sombras infinitas. *Metseli* es el nombre de la luna.

Srrulawe no ha podido resistir la vergüenza. Pronto se arroja por el camino que marcó *Metseli* y siguiendo el mismo camino, aflora. Su luz es mucho más brillante, su esfera mucho más voluminosa; sin embargo, al ascender le tocó un punto mucho más lejano: el que ahora ocupa Venus; queda disminuida para siempre su honra.

A *Srrulawe* lo siguen los cuatrocientos valientes, aquellos inicialmente elegidos por su valor: todos se arrojan al abismo, también los amigos de éstos, sus familiares próximos y las compañeras de todos ellos. Uno a uno surgen como gigantescas esferas ígneas, ferozmente luminosas, uno a uno se elevan por el firmamento y ocupan sus sitios respectivos lejos, muy lejos, tan lejos que apenas se perciben sus presencias luminosas. Algunos quedan aislados, otros se sitúan por pares, abundan aquellos que quedan en grupos familiares. Así se crearon las estrellas y las constelaciones, todos quedaron en un orden, en ese orden se acomodan a lo largo del año. Parece que quedaron así para marcarnos las temporadas de lluvias, las de secas, las fechas de sol, las de ceremonias de nuestro *costumbre*. Ahí están, pues, nuestros ancestros los sobrenaturales, los de la época de la obscuridad, creadores de la nueva época, ellos son los creadores de la época de la penumbra.

Ahora *Tawe* sí es, Él en sí, en pleno, desde entonces se le llamó *Tawe Wiékame*, “Nuestro Inmutable, al que le es dado Crear”. Ya así tuvo consigo un universo donde Él es el principio rector.

En la etapa de la penumbra

¿Qué te puedo decir de la etapa de la penumbra? Tendría que decirte la mayor parte de las historias, pues aquel tiempo se llenó de hechos. Fue en aquel tiempo cuando se idearon todas las cosas primeras y se lograron grandes conquistas, pero ¡Pobres de nuestros ancestros sobrenaturales!, a cada logro se fueron viendo agobiados con obligaciones. Mira nada más el resultado en nuestros días: a causa de todo lo que quedó establecido por aquéllos, por todo eso, ahora todo el tiempo tenemos que conmemorar algo, hacer todos los preparativos que exige la conmemoración; ya tú ves el resultado. A medida que los sobrenaturales participaron en los hechos, así se hizo también

más y más pesado ser huichol, cada vez más trabajoso: esa es la realidad de nuestra vida.

En aquellos tiempos de la penumbra se afirmaron los dioses tutelares, se afirmaron los ancestros sobrenaturales. Muchos de ellos se habían hecho estrellas; muchísimos otros ocuparon fuentes, árboles, montañas, plantas y nubes. Muchísimos más se fueron haciendo rocas; todos se repartieron por todos los confines y ocuparon todos los lugares. ¿Adónde puedes dirigirte ahora, que no te los hagas presentes? Dondequiera que voltees, dondequiera que pongas tu atención, está ocupado por un ancestro sobrenatural, ahí manda una deidad: hasta puede que ahí te sorprenda algún ser-divinidad engañoso, pues has de saber que muchos, pero de veras muchos de ellos, desde los dioses hasta los hermanos mayores, están dispuestos a ser trampusos. Y no es que yo quiera ofenderlos, yo sé que por naturaleza son benignos; bueno, cuando quieren serlo. Cuando nos quieren nos dan cosas, nos hacen los favores que les corresponden. Pero también es cierto que nos los cobran con *costumbre*... yo lo que digo, lo que señalo, es que en la vida hay muchas trampas y que esas trampas las han puesto los dioses, se las pusieron primero a los ancestros sobrenaturales y ahora todos ellos nos las ponen a nosotros. En todas las trampas hay condiciones, es donde nos tropezamos cuando descuidamos sus condiciones. Verás que por aquí, por algo que hubo antes, ahora mandan una cosa... ahí verás que por esto otro ya te tienen algo dispuesto: te salen con que para tal acto tienes que prepararte afuera y adentro o tendrás tal vez que ofender a aquello... Ya sabes que tienes que estar siempre alerta y sucede que a cada rato algo hay que se te pasa. Cierto, ¡Con tanta obligación ahí escondida siempre hay más de una que se te escapa! Así verás que hasta los *mara'akate*, con todo y su conocimiento, seguido fracasan.

Venido a ver que ahora a nosotros nos toca repetir los hechos de aquellos, también tenemos que repetir las ofrendas. Celebramos

las deidades en todas sus circunstancias, de acuerdo siempre con el *costumbre*, es decir, así como lo hicieron nuestros ancestros sobrenaturales. Con tanta cosa qué hacer, con tanta condición que llenar, con tanto peso de la obligación, sí que se hace fatigosa la vida del indígena. ¡De veras que es muy trabajoso ser huichol!

Pues parece que los sobrenaturales se afanaron mucho en la realización de los hechos, todo tipo de hechos que ahora pueblan la vida. En ese sentido lo que ahora vivimos ya lo tenían establecido, por eso pensamos que la mayor parte de los hechos quedaron definidos en la etapa de la penumbra.

Por esta base te digo cómo componen ahora nuestra vida aquellos hechos, allá en aquellas profundidades del tiempo, allá fue donde se idearon las cosas primeras y se lograron grandes conquistas; te las señalo para que así lo aprendas, que sepas que son cosas que están anudadas en el lazo de la vida y que una tras otra, de algún modo, habrás de recordar, o habrás de celebrar o tendrás que vivir.

En aquella etapa se apoderaron del fuego, ya sabes que a “Nuestro Principio” lo guardaban celosamente sus guardianes, quién sabe por qué los dioses que lo tenían no querían llegar a compartirlo con los sobrenaturales, ni mucho menos con nosotros. Pobres, vivían con mucho frío, un frío sin esperanzas hasta que, tras muchos intentos fallidos seguidos de crueles castigos, por fin aquél ancestro, en la forma de un tlacuache, logró traer el fuego ante sus compañeros sobrenaturales... No creas que todo fue sencillo, el fuego no se avenía, porque no le habían hecho sus ofrendas, no le habían sacrificado. El fuego manifiesto de luz y calor, les puso sus condiciones: al principio se regaban sus brasas y se calcinaba la tierra; otras, se volvía loco y sus llamas danzaban sin control, incendiándolo todo. Otras veces se apagaba y todo el contorno se helaba. Por ahí se iban los sobrenaturales de un rancho a otro, a implorar con humildad algunas brasas que les quisieran dar para volver a iluminar el propio hogar.

Aprendieron a ofrendar a Nuestro Bisabuelo, ahora manifiesto en luz y calor; ya entonces era muy viejo, muy viejo, su aspecto-persona era el de un viejito todo arrugado, los ojos casi cerrados por las lagañas; las cejas, el pelo, sus bigotes y barbas completamente blancos y ralos; por la edad, no podía caminar de tan tullido, casi tenían que cargarlo; su espalda estaba muy encorvada, era la pura imagen suya, su imagen de Dios Viejo.

Un día les pidió su alimento: los ancestros aprendieron a frotar los palos rituales; la *cabecera*, es decir, la almohada y los dos travesaños que se apoyan en ella formando una especie de equis con unos extremos más cortos desde su cruce. Este detalle importa porque la porción más corta de este cruzamiento señala el camino, la orientación. No te puedo contar todo en este punto, pero acuérdate que Nuestro Bisabuelo, en ese tiempo ya Dios Viejo, va a guiar a los ancestros en el camino y los hechos para llegar a crear el sol, va a establecer el camino hacia el oriente y su retorno, el viaje ritual de las ofrendas a *Wilikuta* que ahora los gringos confunden llamándolo la peregrinación del peyote.

Bueno, pues la *cabecera* siempre tiene que apuntar al “camino a casa”, la que ha de ser nuestra casa sobrenatural (o queremos que sea). Si vamos al oriente, apunta hacia nuestro rancho que dejamos; cuando volvemos del oriente, vuelta a apuntar al oriente para manifestar la profecía de Nuestro Abuelo de que ahí, en oriente, surgiría el sol cuando adivinaron todos los preparativos y su nombre y que, por fin, los ancestros creadores tuvieran éxito en su misión.

Bueno, los ancestros aprendieron de Nuestro Bisabuelo y ahí los tienes que aprendieron a ser cuidadosos y a guardar su “semilla”, la que anida en el rescoldo. Le hicieron a la “semilla” su ritual y aprendieron a renovarla cada año, cuando ya está en marcha la estación de las secas. Aprendieron a venerar el manto que guarda la semilla; es decir, la ceniza pura que le es más próxima, la que más antes se celebraba en las fiestas que ahora son de las Pachitas.

Nuestros ancestros gigantes, los *hewisrri*, hicieron herramientas de piedra; nuestros torpes ancestros no tenían mucha necesidad porque en aquellos tiempos las deidades parecen que fueran generosas: la tierra daba frutos enormes y abundantes, y cada fruto gigantesco y rendidor alimentaba a un rancho completo durante muchos días. Creo que no sabían hablar, eran indolentes en su obligación con los sobrenaturales, fueron indiferentes cuando empezaron las necesidades y la generosidad de las deidades se agotó. Entonces tuvieron que trabajar la tierra; todavía los frutos seguían siendo grandes, aunque ya no tanto. Las divinidades en realidad no eran generosas, sólo se habían descuidado, estaban aprendiendo a ser dioses; entonces se mostraron como en realidad son: implacables. Persiguieron a nuestros ancestros *hewisrri*, los acosaron con plagas, con trabajos, con enfermedades, con sequías, con calamidades de todas clases. Pero los *hewisrri* no sabían apurarse, no sufrían, ni siquiera lloraban; no sabían preocuparse ni desesperarse: si uno se rompía un brazo ni siquiera sabía cómo condolerse, su rostro y su interior parecían indiferentes. No sabían; por eso mismo no rezaban, no hacían ofrenda porque no la conocían; ni tampoco hacían celebración porque nadie les había hablado nunca de eso. No conocían los materiales ni la forma de arreglarlos, los dioses se mostraron implacables. Los *hewisrri* parecían indiferentes, nomás quietos, sus rostros tristes pero sin lágrimas; los dioses los persiguieron, los aniquilaron, los desaparecieron de la faz de la tierra.

Luego otros idearon las flechas, encontraron que eran muy útiles y al mismo tiempo divertidas: iban de cacería. Comenzaron las pruebas del arco. Los dioses, ¿pues qué serán envidiosos?, también quisieron sus flechas, que se las preparen en la forma sobrenatural, como se han de hacer las flechas mágicas: que les pongan sus ador-

nos, que usen los colores correspondientes para saber de quién son, para quiénes son. Ahí, junto al adorno, ponles su arco.

Los flechadores-cazadores se adornaron la muñeca, se protegieron la muñeca con su *matsuwa*, (es la muñequera muy bien adornada con que se protege el flechador). Los dioses, ¿son envidiosos, pues?, también quisieron *matsuwa*, se las tienes que ofrendar en la flecha votiva. ¿Para qué quieren *matsuwa* si son invulnerables ante el castigo del arco? Bueno, uno qué sabe: tú apréndete que ellos la piden y tú tienes que ofrendarla; se las pondrás en la flechita junto al adorno que compone el reconocimiento de su destino, ahí también la pones.

Hubo unos que idearon la manera de atrapar más pronto al venado. Todos saben que más antes había que corretearlo día y noche hasta agotarlo, pero aquello resultaba muy lento y, además, mientras más lo correteaban más se alejaba. Los que esperaban la señal de la cacería se desesperaban mucho en la zozobra, sin saber si habría suerte o no la habría. En el lugar de las ceremonias toda la vida quedaba detenida en tanto no llegara el don del sacrificio, nuestro hermano el venado. Los cantadores, el pueblo, las mujeres oraban para que toda aquella angustia terminara. He aquí pues que unos idearon un sistema: había que escudriñar bien el terreno, adivinar bien los obstáculos, adivinar también las veredas; luego había que participar en la premonición, ponerse en un pensamiento con el venado y saber de mutuo acuerdo su dirección, aquella que había de tomar a nuestro encuentro, su carrera y el punto donde se ha de entregar. Todavía el *mala'akame*, guía del grupo de cacería, lo sigue haciendo así, pues sin la premonición no hay seguridad en la tarea. Pues resulta que aquéllos ya idearon su sistema y al final de la carrera, en el punto donde nuestro hermano se entrega, ahí colocan una red; ya la fijan a los lados con estacas, ya tienden el aro con su tejido de cordel, ya ahí se enreda la cabeza y el pecho del venado, en la abertura del

centro; ya ahí se atora la cornamenta del venado cuando quiere salir, hay que correr a desenredarlo para que no se mate en el forcejeo, ya hay que rezar dándole las gracias y derramando lágrimas de tristeza, de alegría y de agradecimiento. Ya termina la oración y volvemos todos a casa. ¿Crees que los dioses también quieren su red? Así es, se las tienes que poner en el extremo de la flechita, junto al arco y la *matsuwa*.

Otros no estaban conformes de andar desnudos, se pusieron a idear tejidos de fibras y sus adornos, los dioses quieren muestras de tejidos y bordados.

El hambre llegó también a los hogares de los sobrenaturales: isi te digo!, los dioses son implacables.

Aquéllos fueron descubriendo los sitios dónde buscar cosas de comer, se pusieron vivos: a averiguar los tiempos de cada cosa. Todavía se quedaban con hambre; eran largas y frecuentes las temporadas del hambre. Cuando comían, comían cosas que no los llenaban, que no les alcanzaban; el hambre seguía creciendo, tenían miedo que los sobrenaturales se hicieran egoístas, que ya no compartieran.

Aquel muchacho descubrió el maíz, las deidades lo tenían escondido, sólo para su provecho. Sólo las hormigas pequeñas habían logrado el acceso al maíz. Las hormigas arrieras no pudieron pasar por la estrecha hendidura, mucho menos los otros animales; todos querían llegar al maíz, todos sabían donde estaba pero el sitio era inaccesible.

Nu'ariwame vino del mar, todavía no se iba a vivir a *Tatei Matiniei*; trajo consigo sus rayos. Al primer golpe se hendió la roca rojiza y de su entraña brotó el maíz. El muchacho llevaba un poco cada vez; su madre no estaba conforme, siempre quería más y más, pero él sólo podía tomar un poco cada vez, la madre del maíz así se lo indicó, así lo vigilaba. A tanto ir, el muchacho quiso casarse; le gustaban las hijas: cinco hijas tiene la madre del maíz. Pues le dijo que escoja;

y que les pregunte a ver si alguna de ellas accede: ninguna lo quiso. Él insistió y por fin convenció a la que era su favorita, a la hija que encabeza al maíz blanco (las otras encabezan los otros colores de las mazorcas: rojo, azul, amarillo y mezclado). Ella pide como condición que siempre la traten bien; la madre pone como condición que traten bien a su hija; las otras muchachas exigen que siempre traten bien a su hermana. Hablan entre sí, hablan con su madre, se ponen de acuerdo para acompañar a su hermana en su nuevo hogar y vigilar que la traten bien. Al muchacho le conviene el arreglo, pues según el pensamiento de entonces y el que sigue hoy, en tanto que las hermanas estén solteras, él tiene derecho a ellas. Te digo que el trato le convino al muchacho...

En casa del muchacho él goza con la presencia de su mujer y de las cuatro hermanas, está muy contento con su vida. En el metate siempre hay masa, en los *colotes* (los cestos grandes que unos llaman petacas) siempre hay maíz hasta los bordes, en los cestos hay tortillas frescas. Las ollas de atole y de frijoles nunca se vacían. El *carretón* está lleno de mazorcas y nadie sabe cómo se llenó. Todos los envases se llenan de maíz blanco, rojo, azul oscuro, amarillo y el de colores mezclados. La vida está llena de halagos; se deben dar gracias a los dioses, ir a ofrendar a todas las direcciones, hacer siembra ritual. Tiene que satisfacer todos los ritos del *costumbre*; el muchacho se marcha a cumplir. Siempre que regresa encuentra la comida y las tortillas calientes; su madre se enoja porque la nuera y las hermanas no hacen nada. “¡No te disgustes madre, así tiene que ser! Hay que tratarlas bien, que no se esfuerce. Déjalas que hagan lo que quieran, como quieran, que se arreglen, que se bañen, que se peinen durante horas y horas, que se queden sentadas en sus asientos acojinados a todas las horas. Tú, madre, no te disgustes ni tampoco las disgustes”.

La madre del muchacho ya está vieja, se enoja y gruñe, siempre quiere ser mandona, regañona. Obligó a la muchacha a moler el

nixtamal en el metate, pero la masa sale manchada de sangre; cuando ella muele se van remoliendo sus dedos, sus manos, sus brazos. La muchacha llora amarga, dolorosamente; las muchachas sus hermanas lloran de tristeza pero también lloran de dolor, porque ellas también son remolidas. Cuando el muchacho regresó le contaron sus penas, le dieron sus quejas, le reprocharon porque no se cumplió el trato. Las muchachas volvieron al lado de su madre, ésta ya no quiso oír al muchacho.

Pues ya verás que así sigue el relato... para acabar pronto te diré que el muchacho se quedó sólo con su madre; pero eso sí, tuvo que trabajar duro para poder cosechar el maíz. Tuvo que observar el *costumbre* para celebrar al maíz de todos los colores, a las madres del maíz y a sus dioses tutelares. ¡Pobre del huichol!, para comer su maíz ahora tiene que guardar la ceremonia y el ritual, respetar las reglas; porque si no lo hace se enferma, o a lo mejor se muere de hambre. Y qué cuentas va a dar cuando se muera, pues aún después lo va a seguir la obligación. ¡Ya ves como está difícil ser huichol!

Al tiempo, al mucho tiempo, vino la destrucción por el agua; tanto llovió que el agua acabó con todo. Verás: que los dioses no estaban conformes, *Takutsi*, Nuestra Abuela, tampoco estaba conforme. Yo no sé por qué se disgustaban, los ancestros no lo explican, sólo pasaron la palabra así: que las deidades no estaban conformes. *Tomosrrawí*, nuestro ancestro sobrenatural, también ancestro de nuestra especie, seguramente protegido de Nuestra Abuela, fue quien recibió el aviso: pues que va a llover durante cinco años, que ya no se esfuerce en desmontar su *coamil*, antes bien que se prepare una gran canoa ahuecando el tronco de un gigantesco *srrapa*, árbol sagrado de cuya corteza hacían papel ritual. Que de allí, del mismo árbol, haga la cubierta de la canoa, que no olvide llevar consigo cinco granos de maíz, uno de cada color, porque de ahí va a comer; esos cinco

granos servirán para que después continúe el *costumbre*. Que lleve la *semilla* para que haga su lumbré, que le dé su alimento: en una calabaza hueca puso la ceniza ritual y ahí anido la *semilla*; ahí junto puso la *almohada* y los palos del crucero; también puso cinco sarmientos secos de la base del nacimiento de cinco calabazas grandes, poco a poco alimentarían a la *semilla*. *Takutsi* misma selló la cubierta con cera negra de las avispa subterráneas; en el interior sólo lo acompañó su perrita negra. Cinco años navegó en las aguas: un año en cada dirección; el quinto año fue en descenso sobre el punto central origen, de arriba a abajo, se entiende. Ya fue la Guacamaya a ver cómo ha quedado la tierra; esta guacamaya es un ser sobrenatural, se dice que le pertenece a Nuestro Bisabuelo. Dirige a todas las aves trepadoras de pico curvo para que la tierra, que ha quedado totalmente llena de lodo, comience a desgarrarse. Los picos desgarran, las aves exageran en la región de las montañas. ¡Como han dejado la tierra desnivelada! ¡Qué profundas las barrancas!

Ya salió aquél y ya hizo lumbré, ahí planta su hogar. Sale a sembrar a la ladera, lo que se siembra en plano se pudre, así dicen todavía hoy. Cuando llega al hogar, ahí están las tortillas calientes, ahí está la comida fresca, recién hecha. Al fin se da cuenta, al paso de muchos días, que sobre la leña siempre está puesta una piel negra, la de su perrita. Piensa que está muerto el animalito y, dolido, avienta la piel a la lumbré. Lo inquietan los gritos; junto al arroyo una joven mujer se revuelca de dolor, abrasada por el fuego que no se ve. Busca ayuda en Nuestra Madre, la madre del maíz, se lleva el *machibuis* (el agua revuelta de masa donde se enjuagan las manos las que hacen las tortillas): es un buen remedio. A *Tomosrrawi* le ha sido dada su compañera.

Así nosotros heredamos más y más ceremonias y ritos, más tradiciones para nutrir el *costumbre*, cosas y cosas que explicar y recordar largamente cuando los *mara'akate* nos repiten los cantos sacros.

Tras las grandes calamidades que asolaron a la creación, los sobre-

naturales quedaron temerosos, a cada nueva catástrofe se alimentaba su miedo, se apresuran a pensar nuevas ceremonias y nuevas formas de ritos, averiguaban localidades sacras que habían pasado desapercibidas, creaban nuevas ofrendas para llevar a cada lugar. Entre todas estas ocupaciones un propósito fue tomando forma: poner fin a la etapa de la penumbra. Pasó mucho tiempo antes de que lo definieran. Fue *Tatéwari* quien hizo conciencia, por diversos medios se los comunicó: ¡Hay que dar lugar al sol!

* * *

No es que el tiempo de veras tenga una raya; no es que pueda decirse cuándo comienza un término; sólo nos preocupa cómo se enlaza el siguiente, sólo nos damos cuenta de que un término está separado de otro, que uno sucede al otro. Ya sabes que entre nosotros en verdad no importa la cuenta rigurosa de los días, eso siempre les pasa a los vecinos, siempre les preocupa la fecha exacta, quieren saber el mero día. Nosotros nos referimos al tiempo de una manera más pausada, menos *arreada*; ¿pues para que te has de andar apurando si el tiempo tiene su ritmo? No hay manera de alterarle su ritmo; ni los dioses pueden, ahí sí que no pueden. Pues verás, nos referirnos al tiempo por lo que sucede, o por lo que puede pasar si es que de veras hay seguridad en lo que va a pasar. ¡Sólo los dioses saben! Ahí en el tiempo, en sus fechas, en el servicio a las deidades, ahí vamos todos enlazados, como que todos y todo estamos atados en el mismo lazo.

Verás, pues, que si el tiempo lo referimos a los hechos, así mismo lo dividimos en ciclos por el suceder de las lluvias. Lo que los vecinos llaman el año para nosotros se viene llamado “la llovienda”, *terwiyali*, que también dice “lo que se relaciona al *terwi*, el compañero huichol”. Un *terwiyali* comienza a mediados del año vecino, por ahí a fines de junio, cuando en el ciclo comienza la preocupación

religiosa. Entonces viene la primera manifestación de nuestro ciclo, hay que hacer *maʷalisrra*, que quiere decir ofrecimiento; los vecinos la llaman ceremonia pluvial, porque nosotros ofrendamos pidiendo la lluvia; también le dicen fiesta del toro, porque sacrificamos un novillito, una vaquilla. La fiesta se repite durante la temporada de lluvias, tantas veces como lo considera necesario el *tsaulisrrika*, el *malaʼakame* dirigente de nuestras rancherías, del *tuki* que nos toca, es decir del *tukipa*, que así se dice todo el lugar donde está situado el *tuki*. Hacemos *maʷalisrra* desde que se prepara la tierra hasta que acaba la temporada de lluvias a principios de octubre. Se pide a nuestras madres, principalmente; se ofrenda a Nuestro Padre, a Nuestro Bisabuelo, a Nuestra Abuela y a nuestros hermanos mayores. Algunos tendrán que hacer *maʷalisrra* en otras ocasiones, cuando el *malaʼakame* les mande ofrendar un torito, por alguna razón de la sola incumbencia de ellos. Empezamos en junio, ahora vamos avanzando en agosto.

Iküamayali complementa nuestros *maʷalisrra*, se ofrenda a las deidades pidiéndoles protección para los sembrados que les han sido dedicados. Se hace esta celebración cuando se deshierba el coamil por segunda vez. Ahora la milpa está a medio crecer y hay que extremar la protección, nosotros le arrimamos más tierra a cada mata de la milpa. *Iküamayali* es muy importante, tras la celebración está el nacimiento de *srritákame*, el jilote, una etapa muy sagrada del maíz, de su crecimiento. Aumenta el cuidado contra las plagas y los animales depredadores; avanzamos de agosto a octubre.

Tatei Neisrra sigue a la temporada de lluvias; la celebración tiene lugar en la segunda mitad de octubre, pero también sucede que se vaya posponiendo hacia noviembre y diciembre, según como la gente va pudiendo. *Tatei Neisrra* es nombre de la fiesta cuando es día, en la noche la llamamos *Yuimakuale*; es algo que todos aprendemos desde jóvenes, que tenemos que respetar, porque así también tenemos

que dirigirnos a nuestros ancestros sobrenaturales. Son los términos que se usan según la parte del día: unas voces para las horas de luz, otras voces mientras dura la obscuridad.

Es una celebración para dar gracias por las lluvias recibidas, de ahí viene su nombre *Tatei Neisrra*, “el baile de Nuestra Madre”; para celebrar se recogen los primeros frutos tiernos: elotes. Las calabazas son para acompañarlos, pero éstas sí son maduras, éstas son ofrendas, éstos serán también para convidar a toda la gente que nos acompaña. A semejanza de los elotes también se hace la presentación de los niños. Cada niño tiene que presentarse durante cinco años, cinco veces le tienen que conocer su cara, su *nielika*, y escuchar la voz de su sonaja; cinco veces plantará su pie en la línea que significa el lugar de los dioses y la ruta de los sobrenaturales. ¡Cierto!, va a seguir la ruta del oriente, lo que llaman los vecinos la peregrinación del peyote; cinco veces, el niño seguirá el canto del *tsaulisrrika* en el camino a *Wilikuta*, el *mala’akame* dirigente los guía, siguen las huellas que dejaron los sobrenaturales.

Para que entiendas esta parte te contaré un poco de las historias para crear el sol, nomás te esperas un poco. También has de saber ahorita que los que tienen cargo en el *tuki*, los que a veces llaman jicareros y que vienen siendo ofrendadores de aquellos que crearon el sol y de sus símbolos, esos también se preparan al final de esta fiesta para ir a venadear y así alistarse para ir a *Wilikuta*, siempre guiados por el *tsaulisrrika*, el *mala’akame* dirigente.

Palietsie nepákunüa, es como cuando dices: “al oriente me voy en su nivel”. Como sabes, cuando nos vamos, o cuando venimos, donde quiera que así sea, nuestra lengua dice si subimos o si bajamos o si a lo mejor salimos al mismo nivel. A los que vienen de afuera se les ocurrió llamarle a esto la peregrinación del peyote y unos hasta piensan que como han andado cinco veces con nosotros hasta *Wilikuta*, ya se van a sentir *mala’akate*: no saben que el significado de

éste, Nuestro Camino. No quiere decir nomás que hay que recoger peyote para traer y que te lo vas a comer allá hasta emborracharte; ése no es el sentido principal de nuestra celebración. Yo creo que los vecinos están equivocados en sus libros, todo porque no conocen todas nuestras historias en conjunto. Mucho menos pueden saber lo que se requiere de la totalidad de nuestra tradición para poder alcanzar un propósito huichol, como ése de llegar a ser *mala'akame*. No entienden los extraños lo insignificante que resulta acompañarnos cinco, o si quieres veinte años, eso es incompleto y mínimo puesto que la realidad de saber se alcanza sólo si te ha sido dado dominar todos los matices de la vida. Ahí veras que las historias, muchas historias les han sido contadas a los gringos, gringos de Francia, de Alemania, de Italia, gringos americanos, de todas clases... Bueno, pues ellos consideran cada historia por separado y ahí tienes que confunden con sus papeles, confunden con sus libros; te hacen preguntas que no se comprenden, que no se conciben directas o aisladas; peor te las hacen los “escuelantes” mexicanos que dizque vienen a investigarnos. Ya mucho se han contado las historias y no han entendido su contenido, apuntan las partes en desorden, ellos mismos se confunden y a los otros los confunden. Observa bien a los gringos y a los mexicanos que dizque investigan. Ya ves cómo andan, siempre atarantados, pues ¿qué van a aprender, si no saben oír? Ni siquiera saben ver. Además, para que de veras logran enterarse tendrían que penetrar, ¿tú crees que un gringo va a poder? Ni siquiera los mexicanos. Los huicholes nada más sabemos de uno, pero ése ni hace gracia, su línea viene de la Nación Indígena; pero los gringos, esos nunca van a entendernos, ipobres gringos, siempre tan atarantados!

Para el que comprende la cultura desde el interior, para el que entiende el esquema general de los cantos, *Palietzie Nepakunua* es toda una fase de una amplia celebración solar. No es una simple marcha coronada por el peyote: este cactus ha tenido encandilados a todos

los autores recientes. En esta fase de la celebración se está repitiendo una parte importante del mecanismo con que nuestros ancestros dieron lugar al sol, y con él a la etapa de la luz y el calor, la etapa en que todos tenemos lugar hoy como parte del reforzamiento de la estructura de la vida. He aquí el sentido fundamental de esta celebración, rememorar el advenimiento del sol y su continuo renacer para asegurar la continuidad de la especie humana y de la vida en general. El peyote que se recolecta era su manera, el mensaje que alude al cumplimiento de la misión impuesta a los ofrendadores encargados del *tuki* y a su guía, el *tsaulisrrika*, que en ese momento son el corazón de la comunidad a donde va destinado el peyote recogido. La ocasión de ingerir el peyote en el lugar consagrado es un privilegio, visto a la luz de la cultura del huichol, es la oportunidad de asomarse a lo desconocido y a lo que a cada uno está reservado.

* * *

En el tiempo original la partida que fue a cazar al venado al oriente estuvo organizada por *Tatéwali*, Nuestro Bisabuelo, él mismo dirige la peregrinación por aquel itinerario concebido por todos los dioses participantes; ya han decidido los puntos de fin de jornada y aquellas otras paradas en que se han de efectuar ritos. También tienen decidido qué ofrendas han de dejar y el propósito de éstas. Ülukuélame abre la marcha en todo momento, alerta a los peligros, a las acechanzas, pues las deidades serpiente de los mares y del subsuelo, las deidades tigre, león, lobo y coyote se oponen al propósito de la celebración, se oponen a la creación del sol. *Tatutsi masrrakuasrri* viene como segundo del Dios Viejo; en esta ocasión ambos son deidad-fuego, las demás deidades toman su lugar en la columna de marcha. Van mezcladas las deidades con los símbolos: *matsurwa*, muñequera de flechador; *itsü*, vara de autoridad del principal gobernante.

te; *kulusrri*, modo de pronunciar cruz, y *usrri*, el color amarillo ritual y la planta de donde procede; *tsikuli*, la ofrenda angulosa de los rombos colocados sobre una cruz; *teapali*, la piedra circular votiva; *niélika*, la imagen del mundo dada en un pequeño tablero con el diseño de lo que se desea; *tseyu*, modo de pronunciar sello, con lo cual el huichol designa al escudo nacional mexicano y que contiene los elementos fundamentales de la fase de la creación que se conmemora. El círculo o el disco: el águila que es representación de Nuestro Padre *Tayau*, el Sol; y la serpiente que es representativa de *Tatei* y las *tateiteime* (Nuestra Madre y nuestras madres) la lluvia, el agua, la fecundidad, la corriente de la vida. Ahora, al recordar aquella gesta, se asigna un ofrendador por cada uno de aquellos participantes, cuyo número puede crecer casi libremente, aunque en la realidad sólo en alguna contada ocasión llega a los treinta, dirigidos en la actualidad por el *tsaulisrrika*, que es de agregado humano.

En la celebración de *Palietsie Nepakunua*, por todos los ranchos se van a pasar en los meses de octubre a mayo o junio, así vamos avanzando en el ciclo.

Hikuli Niesrra: para celebrarlo tienes que empezar por haber participado en la cacería ritual que sigue a *Tatei Neisrra*. Tienes que ir a *Wilikuta* y regresar, y a veces participar todavía en otra cacería ritual de venado: hay veces que así te lo mandan.

La fiesta se guarda hasta tiempo después que pasó la Semana Santa, así todos los ranchos tienen oportunidad de llevar su manda a *Wilikuta*. *Hikuli Neisrra*, unos lo hacen por ahí de mediados de mayo; los últimos lo van haciendo a fines de junio. Aquí nuevamente se hacen presentes los ofrendadores; como que le tienen que dar las gracias al sol porque siempre quiso venirse de su cueva, siempre sí nos prefirió a nosotros. Mucho tiempo el *mala'akame* le canta a *Tatéwali*, parece como si fuera muy importante en esta fiesta. No creas que se olvidan de cantarle a nuestras madres, ellas son dadoras

de vida; dedican y ofrendan también a *Tatutsi Masrrakuasrri*, a nuestros hermanos mayores, con especial atención a *Kauyumali*. Todo el pueblo muestra su regocijo y su agradecimiento. Tú sabes que bailar es una importante forma de rezar; bailar no tiene el sentido que le dan los vecinos, no se trata de restregarse las verijas, ni tampoco de lucirse como en la danza; el huichol como otros indígenas, baila con el significado de rezar.

Namawite Neisrra, su nombre lo dice, “el baile final”: quiere decir que con esta fiesta se acaba el ciclo *tewiyali*; como quién dice, nuestro año agrícola. A veces se hace como parte final de *Híkuli Neisrra*, entonces la nombran *Tasrraliekie Híkuli Neisrra*. Muchos le nombran a esta celebración fiesta del esquite, porque el símbolo principal de la terminación es el maíz tostado que se ofrenda al Dios Viejo, Nuestro Bisabuelo, *Tatéwali*, así como a *Tayau*, Nuestro Padre, el Sol. Ya sé que no me lo estás preguntando, porque tú ya lo sabes: esta dedicación va dirigida en gran parte al Sol, es una festividad solar, pues. Ahí le matan un borrego.

Lo más importante para el corazón de la comunidad: esta fiesta pone fin a una obligación, aquella que comenzó en *Tatei Neisrra* y que llevó a nuestros compañeros a recorrer la tierra; los que fueron a *Wilikuta* ahora tienen un descanso de su obligación en *tukipa*.

Bueno, el descanso no te lo creas, ya notaste que se acaba un ciclo y que otro empieza ahí mismo: ya vamos a preparar la tierra, ya le llevamos el agua de *Alamala*, de *Teakata*, de *Tatei Matinieli*; ya preparamos la flecha, ya se está arreglando la jícara, ya pues. Estamos arreglando velas, flores y todas las ofrendas. Ya vamos a tener *mawalisrra*; ya esto parece una trampa, un ciclo que se acaba, un ciclo que comienza. Ahí vamos enlazados, la vida es el lazo.

Creo que ya te tengo dicho, de todos modos te lo voy a repetir: no es que el tiempo de veras tenga una raya, ni que se pueda decir cuándo, en qué momento se acaba un término y comienza otro;

sólo se puede decir que seguramente cada término está separado de otro, que en uno suceden unas cosas y luego en otro, otras. Si es que hay un punto de cambio, es un misterio.

Tú, atente a tus quehaceres, lo que te demanda la vida que tienes, que ahí te mandan los que manejan el lazo: tu obligación es cumplirles sus pareceres.

* * *

El tiempo de los santitos

Pues ahí verás que un día llegaron los santitos. Llegaron muy cansados, que porque pasaron muchos trabajos. Pues ya dijeron que les gustó aquí; por ahí unos dicen que dizque sufrían mucho, que dizque los perseguían siempre los judíos y los hacían sufrir. A los judíos de por allá no les gustó que los santitos tuvieran su *costumbre*, que les rezaran a sus sobrenaturales. Verás que el *costumbre* de los santitos es el mismo; que tienen que hacer fiesta, que también arreglan su flechita, que ya van preparando su vela, que tienen que llevar su jícara. Dicen que su *Tawe* por allá tiene su cueva, que queda por allá donde hacen su *costumbre*, allá sabían ir todo el tiempo, allá entregaban la ofrenda, dejaban su flor en sus barrancas, llevaban toda la ofrenda; a todas esas partes llevaban a sus niños para que no se les enfermaran, o para que se les curaran. Bueno, pues los judíos de allá hasta aquellos lugares los perseguían, no les dejaban en su tranquilidad: les aventaban encima los caballos, les echaban el ganado a su coamil, les echaban las ofrendas con la basura, se llegaban a la fiesta nomás a desordenar. ¡Ah, que los judíos de por allá, tan abusivos!

Que dizque les fueron quitando su tierra a los santitos y no les quedaba ya dónde estar ni dónde coamilear. A todos los santitos los llamaban pendejos... ¡vieras que así antes eran los vecinos de por

acá! Ahora el huichol ya no se deja, pero antes se sufría igual.

Pues verás: que nuestro dios se compadeció de aquellos pobres, *Tawesrriküa*, *Tayau*, nuestra deidad el Sol fue quien se compadeció de ellos; él diario los miró, durante mucho tiempo, se compadeció de ver cómo sufrían, por fin se resolvió.

Por ahí se fue caminando, por el río; se asombraron que por donde no podía pasar nomás caminaba encima del agua, así fue se fue caminando hasta que llegó a su mar, ahí fue a ver a su *Alamala*, le llevó chocolate, vela, jícara y fechita. Ya luego que tenía permiso se les acercó a donde estaban pescando, les amontonó un gran montón de peces, ahí donde ellos sólo tenían un pequeño montón. Ahí vio a la vecina, la que ahora es *Tanana* y pronto se enamoró de ella. Les dio mucho pan, hartas tortillas, ya todos estaban contentos, entonces les habló: “ya no sufran compañeros, no se den por vencidos, los que ya no tienen dónde coamilear que se vengan con nosotros, ahí los *teuteri*, los compañeros huicholes les hacen lugar”.

Lo pensaron mucho tiempo y unos se decidieron. Fue cuando los españoles llegaron a *Sroma*. La pusieron en cadenas, la cercaron con un círculo de hierro ardiendo, ahí estaba aherrojada. Ahí llegó Nuestro Padre, ahí vino cuando *Sroma* lo llamó: “Ta-Wesrriküa, Táa-Wésrriküaaaa...” A la quinta llamada ya llegó, le echó su agua de *Alamala*, de *Teakata*, de *Tatei Matinieli*, de todos los lugares. Luego le pintó el rostro, las muñecas y los tobillos con el tinte de *Usrrantasrrawe*, la planta de *Wilikuta* que saca la *usrra* para los peyoteris. Después ya la *aluzó* con toda su luz y la volvió polen; los españoles estaban furiosos porque no veían a *Sroma* entre los hierros candentes. Dicen que *Sranitiyako* (Santiago) nomás bramaba en su caballo, azotaba el machete contra las piedras. “¡La tengo que encontrar!”, gritaba furioso. Al quinto día *Sroma* se volvió nube y se extendió por el oriente y se fue alargando hacia el poniente, siempre por el camino del sol.

Pues los santitos no tenían ya donde coamilear, ni podían ya lle-

var su ofrenda y de todas partes los corrían: “¡Sácate de aquí, santo apestoso!”. Dicen que ya en ninguna parte los querían... parece que al fin le hicieron caso al mensaje de las nubes.

La vecina *Tanana*, Nuestra Madre, sufría mucho pero era la más enojada: “¡Vamos de aquí, pues! Agarramos el camino que nos indicó *Tayau*, Nuestro Padre; las nubes nos marcan su camino, el camino del sol nunca está equivocado, arreglen sus *takuatsi*, arreglen sus morrales, agarren sus cobijas y por ahí nos vamos”.

Ahora caminaba por delante *Sranitiyako*, que dizque a fuerzas quería ser su *ülukuékame*. Ahí venía por delante que daba risa, no sabía cómo hacer la flecha, nomás sabía manejar su machete. Ahí venía, bueno pues ahí venían todos en fila, uno tras otro, sin correr, tranquilos, con el pensamiento limpio. Iban repasando sus faltas y ahí le hacían un nudo al lacito. Se detuvieron frente a *Katsitiya* (Castilla); no quisieron acercarse a sus torres porque estaban llenas de cañones. Allá entre unos árboles, para que no los vieran, encendieron su fuego ritual. Sabrás que ellos traían ya su “semilla”; ahí le hicieron oración, ahí le dieron su comida. *Tatéwari* estaba contento con ellos, dicen que Nuestro Bisabuelo cantó toda la noche para protegerlos. Antes de dormirse estuvieron rezando, luego le dieron sus lacitos con nudos a *Sranatulesrri*, que los vecinos dicen San Andrés. Todos dijeron sus faltas, todos se arrepintieron para que su corazón limpio estuviera contento: *Tanana* estuvo llorando mucho rato, les tuvo que decir lo que pasó cuando se le apareció Nuestro Padre, el Sol.

Caminaron hasta la orilla del mar, y ahí no pudieron pasar, entonces vino el gigantón con su niño en el hombro, el niño agitaba su *muwielí*, llamando a su Sol. El gigantón que llaman San Cristóbal se ofreció a pasarlos, nomás *Sranitiyako* no aceptó, golpeaba su machete sobre las rocas y gritaba: “Tengo que pasar o... ¡qué pues!”. Se aventó al mar con su caballo y la corriente los arrastró: allá fueron a dar a todos los confines del mundo, estuvo extraviado por un tiem-

po y al fin apareció, fue a dar al fin con los otros santitos, porque éstos también se habían perdido cuando llegaron a este lado, no llegaron por el oriente, como los que vienen de *Wilikuta*.

Ahora todos los santos conocen bien este camino, pero en aquella ocasión fueron a dar a San Blas, en *Alamara* (el Océano Pacífico, pues). Ahí hablaron en las deidades-serpientes del mar; les aconsejó Nuestra Madre *Alamara* y les vinieron a rezar *Hatusrrame*, del río Santiago y *Kuyeauwálíka*, del río San Pedro. *Tanana* les pidió su parecer, pero ellos no pudieron agarrar ese camino porque todo el tiempo es cuesta arriba. *Tanana Welika Weimali* les puso a los santitos su ayuda; las plumas de su cola se tendieron en las montañas y les alisaron el camino, por eso se dice que subieron por la cola del águila. De ahí siguieron su camino, pasaron por Ruiz y El Venado: tuvieron que pasar corriendo porque había muchos borrachos, el ruido espantaba, los corretearon los vecinos, los perseguían. Cuando llegaron por Santa Cruz del Guaybel, los coras los ayudaron a esconderse; ahí estaban en los hoyos de la barranca. Ahí llegaron los *wainaloli* a venerarlos, los bailadores de la derecha, los de la izquierda. Atrás venían los principales, venían de peyoteros, nomás caminaban en una sola hilera. El ruido atrajo la atención de los vecinos, se les vinieron encima, venían con sus machetes, con sus pistolas, con sus trompetas y sus caballos. No tenían conciencia para atacarlos, los santitos de rodillas nomás rezaban. *Tanana* volvió sus ojos a los judíos y éstos con sus espadas de palo vinieron a ayudarlos. Todo el día pelearon los vecinos, que ya cansados y borrachos no sabían manejar sus machetes, ni sus pistolas, ni sus caballos. Al amparo de la noche se alejaron los santos; por las veredas se acercaban los leones, los lobos y los coyotes, de las hendiduras salían las serpientes para taparles el camino. Por ahí aparecieron los judíos con sus espadas de palo y nuevamente los ayudaron. Así caminaron precedidos por los *wainaloli*, los judíos y los *kawiteros*; de esta manera cada uno de

todos los santos encontró su camino, halló su *teyopani*, su capilla, encontró su urna. Ahí todos se encerraron esperando que viniera el huichol a despertarlos con su rezo, con su vela, con su flor, con su agua y su costumbre.

A *Tanana* la esperaba su lugar en la ladera del río Chapalagana: ahí le pusieron su casa, ahí cuidaba también su *tuki*. Ahí tenía su cargo de Nuestro Bisabuelo *Tatéwali*, ahí mantenía encendido su fuego ritual. *Tanana* les gustaba a todos los vecinos, seguido venían a molestarla, pero ella no les platicaba, ni parece que los veía; muchas veces los vecinos venían bien borrachos, traían sus músicas ruidosas con trompetas, aullaban con sus gritos de borrachos, disparaban al aire sus pistolas, aventaban maldiciones. *Tanana* se ponía molesta pero nada les decía. *Tatéwali* se molestaba, su fuego casi se apagaba.

Un día *Tsakosé*, cuando estaban a la orilla del mar, sacó de allá abajo una hebra, la llamó cuerda prima; luego arreglé la segunda, la tercera, la cuarta; las enredó en su sombrero. Luego arregló unas tablillas delgadas de cedro de la ladera y se fue a curarlas a *Kieluwite*. Ahí lo esperaba *Kieli Tewiyali*. Dicen que ahí estuvo trabajando y tocando toda la noche, y de ahí arreglo su *srawelo* y su *kawali*, es decir, su violín y su guitarrita semejante al rabelo, un violincillo del norte de España y una guitarrilla canaria. Se fue tocando el violín por la vereda; la música se enreda por los árboles; por donde hay luz por ahí penetra. Llegó la música al *tuki* y el fuego ritual se avivó: hasta parece que se va a quemar el *tuki* pero no pasó eso, porque el fuego se controla solo.

Tanana escucha la música y su corazón se alegra. *Tsakosé* no se deja ver, sólo deja oír su música, se *aparra* tras los matorrales, se cubre tras los troncos de los árboles. Dicen que hizo una flor de papel; es una flor con pluma, la llamaron flor ritual, él tiene el conocimiento del poder. Ahora que barría *Tanana*, ahí la recogió del patio del *tuki*. “¡Qué cosa tan bonita es ésta!, dijo al verla. No ha de ser de nadie, porque aquí está tirada”. Se la quiso poner en el pelo y se le

cayó, entonces la metió bajo el ceñidor, bajo la falda, ahí la guardó.

Todos andan extrañados: “¿que le pasa a la vecina que no canta? ¿Qué le pasa a Nuestra Madre que no se asoma? ¡Algo le hicieron a Nuestra Madre!”, exclaman los cuatrocientos conejos. “¡Hay que averiguar! ¡Vamos matando al que le haya hecho un mal!”.

Ya van los cuatrocientos por todas las barrancas, ya les preguntan a los pájaros y a todos los demás.

Tsakosé desde que vio a Nuestra Madre recoger su flor ritual, no más sonrió como con malicia, luego se alejó por las montaña; detrás nomás va dejando la música que aprendió a tocar. En el curso del tiempo fue arreglando sus flechitas, tiñó y arregló las jícaras, preparó las velas, luego repartió en cada lugar la flor. Luego se apercibió con el agua de las fuentes; con frecuencia, día y noche, les rezaba a los dioses, con la música de su violín.

Los vecinos ahora están aún más furiosos. ¿Cómo ha podido la vecina preferir a un huichol? Ya la mandaron traer con los *topili*, la tienen acusada porque dicen que se ha metido con un huichol. Las autoridades también se lo reclaman. *Tanana* llora su desconsolación. Ahí está pues, llorando presa en el cepo, la tienen encarcelada. Pero *Tatéwari* no creas que la abandona, dicen que una lucecita arde en un rincón donde está el cepo. Los *kawiteros* están avergonzados, se alejan pronto para llevar a esconder su culpa; afuera, los vecinos están tomando su tequila, vigilan que nadie suelte a la vecina. *Tanana* llora su *desconsolación*.

Los *kawiteros* están tristes, no saben cómo quitarse de encima la culpa; *musrra*, una borrega, se ofrece a ir en su nombre. Llegó disimuladamente, parece que anda buscando su pasto para seguir comiendo, ninguno de los borrachos la vio entrar junto al cepo. Dicen que soltó a *Tanana* y la ayudó a huirse, así dicen. Encontraron a *musrra* en su lugar, *musrra* corrió en la otra dirección, pero siempre aquéllos la alcanzaron con sus caballos, la golpearon con las *cuartas*,

le echaron encima los caballos, le aplastaron la nariz a estacazos. *Tatéwari* la mandó curar pero ya no le pudieron componer la nariz, así nomás se quedó para siempre.

Aquel que iba a nacer le decía a *Tanana*: “No te preocupes, madre, ya todo se va a componer.”

Escribió una carta y le dijo a *Tanana*: “Mándale este papel, que me espere en la punta del camino, en el primero de los lugares, porque juntos los vamos a recorrer. Le vamos a dar su vuelta al mundo, ningún sitio ritual nos va a quedar sin recorrer, voy a seguir la ruta de mi padre, Nuestro Dios, *Tawesrrikua*. Que se prepare aquel, porque tenemos mucho que hacer.”

Tanana se guió por la música del violín; hasta allá adonde estaba le mandó su carta.

Tanana no estaba en su casa, todo el tiempo estaba en el camino, todo el tiempo huía. Llegó la época en que le hicieron su enramada. Se acercaba el momento del nacimiento de aquel que iba a nacer. De todas partes venía la música del *srrawero* y la *kanari*, ahí fueron llegando los *wainaloli*, venían de la derecha, venían de la izquierda; luego fueron llegando sus judíos, venían los de la derecha, venían los de la izquierda, toda la noche y todo el día bailaban, toda la noche y todo el día ya velaban. Se juntaron los *maliatoma* de cada santito, traían sus velas, traían sartas de bolitas de queso, juntaban naranjas, también caña y plátanos de la barranca, entre todos juntaron cuatrocientas cargas.

Ahí se aparecieron los tres gobernadores, que dizque eran tres, que dizque eran cinco. Los cinco eran *tatorwani mala'akate*, le trajeron su peyote, su *tejuino* y su pinole. Le prepararon caldo de venado; su *takuatsi*, sus *muwili* y sus otros atributos. Ya desde antes se los habían arreglado, desde que les mandó su palabra *Tawesrriküa*, ya se los habían arreglado.

Nació en una explosión de luz; se elevó cegador y candente, con su indumentaria completa: sombrero, traje, faja, morrales y huara-

ches; todo nuevo y muy decorado. En la mano derecha agita sus *muwili*, con su vista los dirige hacia donde está *Tayau*. Nuestro Padre el Sol, cuando se elevaba, se hizo todo luz, parecía que se había diluido en la luz del sol, ya todos saben que está encontrando su camino para recorrer las partes del mundo.

Los vecinos lo perseguían, le disparaban rifles y pistolas, le aventaban machetazos, le aventaban cuchilladas, pero ninguno lograba herirlo. Lo acusan en la Presidencia Municipal, le mandan los judiciales a agarrarlo; pero cuando llegan siempre se les disuelve entre los dedos. Lo persiguen por el río, le tienden emboscadas, pero es como un venado, se desliza por las barrancas. Cinco veces le pusieron las trampas en el río: eran redes de cacería que le ponen en los abrevaderos; el venado rojizo pasa entre ellas, se transparenta, ninguna lo detiene. Los vecinos están espantados porque todo el tiempo se escapa, caminando sobre el agua. Ya nadie se muere, los enfermos los alivia, a los que ya estaban muertos, cuando llega, pues dicen que los para.

Los vecinos furiosos tienen envidia, toman tequila para ahogar su furia. Cuando supieron que aquél que temían estaba cantando en un rancho cerca de Los Cedros, luego pensaron un plan; ya estaban convencidos de que ellos no podrían herirlo, por eso convidaron a un huichol que estaba ciego. Le dieron de tomar mucho rato, ya cuando estaba contento lo invitaron a matar un torito allá donde estaban cantando. Todavía le dieron más y más trago en el camino; llegaron junto al *mala'akame* que cantaba. Éste ya sabía la intención de los vecinos, pero no se movió, no interrumpió su canto. Los vecinos pusieron el cuchillo en su mano y se la levantaron, apuntando al corazón, hasta le ayudaron a empujar la mano porque desconfiaba. Brotó la sangre, cinco gotas le salpicaron en cada ojo y vio lo que le habían obligado a hacer, lo pudo ver con sus propios ojos. Nomás lloraba pidiendo perdón, quería explicar que no veía, y que nomás

lo habían engañado, se aprovecharon del engaño. Al otro día lo enterraron con traje, morrales y huaraches nuevos; le pusieron sus cosas, su *takuatsi*, sus bebidas y comidas para el camino. Le pusieron monedas en el morral para que los santitos no le pusieran trabas. Al quinto día se filtró de la tierra, que dizque salió donde estaban nacidas unas milpas.

Los vecinos no estaban conformes, habían oído los rumores, fueron a escavar y sacaron el cuerpo, lo querían tener a la vista para que no se les escapara. Ahí fue cuando lo clavaron a la cruz, la cruz la dejaron clavada a la vista de todos. Vinieron los huicholes de los ranchos, llegaron por la noche y se llevaron la cruz con el cuerpo. Al otro día llegaron los vecinos, se fueron satisfechos cuando vieron que ahí estaba todavía, ahí donde lo dejaron. Llegaron los huicholes de otras rancherías y se llevaron la cruz con el cuerpo; al otro día llegaron los vecinos y les pasó lo mismo. Así muchas veces hasta que se fueron poblando las capillas.

Entonces *Tanana* les dijo a los huicholes que se lo tenía que llevar en un carricito taponado con algodón en sus extremos, ahí quedó. Los vecinos buscaban, furiosos: estaban de veras enojados, le vaciaron todas sus cosas a *Tanana*, le desensillaron la mula. Pero no encontraron nada. Ahí estaba el carricito al alcance de la vista, pero no lo hallaron. *Tanana* llevó a sus compañeros a *Wilikuta*, ahí se despidió de ellos. Cuando comió su peyote ahí ya supo su destino. Algunos la acompañaron a *Niwatali*, la parte sagrada del Cerro Quemado; ella iba en la mula, la vieron dar vueltas y vueltas alrededor de la montaña, hasta alcanzar la cima; *Tanana* se elevaba hacia las grandes alturas y la mula siguió ahí dando vueltas mientras. Dicen que cuando ascendía, le vieron en las manos estrechar un carricito. No supieron cuándo desapareció de su vista.

Nosotros le llevamos su vela, su ofrenda, las colocamos ahí donde dicen que se posó el Águila Joven, el Águila Nueva. Fue en unos

peñascos prietos, pura roca dura, ahí quedo su esencia: sólida como la roca, así es su presencia. Los peñascos estaban ahí a la vista; hasta hace poco se veían, ahora los tapan los adornos, pero nosotros todavía la vemos. Ahí pasamos nuestras manos y las repasamos por nuestra cara, nuestro pecho, nuestras muñecas y nuestras piernas, de ahí dejamos la ofrenda en la capilla de la Guadalupeana; los peñascos negros donde paró la Águila Nueva están ahí a unos pasos, cerquita de la capillita del cerro, el cerrito del *Tépeyaküa*, ahí en La Villita, pues.

* * *

Esto que te acabo de contar es para aclarar que de algún modo se aumentó toda la obligación del huichol. A los santos les tocó la etapa de la penumbra allá donde antes estaban, no ignoran nada porque siempre han tenido comunicación con los sobrenaturales. Aquí llegaron ya en la etapa de nuestra luz; cuando llegaron, ya de inmediato pidieron su festejo, para eso trajeron su propio calendario, ellos ya tenían su propio año.

Verás que su año empieza en enero; luego, luego arremolinan a la gente, la traen de todas las veredas, la mandan juntos alrededor del *teyopani*, la capilla; en aquel entonces hicieron su lista de celebraciones:

Pasrrrikute, las gentes la nombran el cambio de varas. Es el día que unos les entregan a otros el *itsü* o *tatowani*, y las demás varas; cada vara tiene su nombre, que es el de cada cargo. Los que entregan acompañan su vara con la carga, sólo devuelven todo aquello que antes les fue entregado, conforme les fue entregado, según la lista: cosas de comer, cigarros, bebidas y mucho *trago*. Algunos *maliatomas* también reciben; éstos son los que el día de la Candelaria, el 2 de febrero, irán a encender las velas a los sitios que ellos saben.

Nasrrriwyáliküa, en estas palabras la sílaba *küa* casi no la oyen los vecinos, por eso a veces escriben sólo una *k*. Se celebra nuestros días

después de la Candelaria, al menos en su parte final, que se refiere a las *cenizas* como su nombre de la celebración lo dice: “es lo relativo a las cenizas de rescoldo”. A los encargados de los santitos y a las autoridades les cuesta mucho trabajo juntar las banderas, una por cada uno de ellas. Tienen que ser movidas por niños de sus rancherías, día y noche por las cuatro semanas que anteceden al Domingo de Carnaval; ya ese domingo no cuesta tanto trabajo, la gente come, se ríe de las bromas, tiene alegría desde el domingo hasta el Miércoles de Ceniza.

Weyakua, cuarenta días dura la *hambreada*, lo que los vecinos llaman Cuaresma, hasta que llega el Domingo de Ramos y empieza la Semana Santa; ahí sí que nos obligan, a veces es muy duro, depende de cómo sienten los judíos.

Korposrrikiia, así le dice la gente al Jueves de *Corpus*. En esa ocasión la cubierta de *itsukate wamesrra*, la mesa de las autoridades, es colocada sobre la banca de cara a la pared. Aquí queda indicado que las autoridades, los encargados de los santos y los *kawiteros*, todos se van a sus labores en el campo, ya no funcionan como tribunal.

Srapalasrriko, así pronuncia el huichol San Francisco. En este día la cubierta de *itsukate wamesrra* vuelve a su sitio y las cruces resacadas en ella anuncian a los guardianes de los confines y los lugares que los que tienen cargo ya están en su función, nuevamente será establecido el tribunal.

Itsunasrre. Todos Santos y Difuntos, los días 1 y 2 de noviembre, son la fecha señalada para elegir a los que han que ocupar los cargos de autoridad durante el año siguiente, parece que el nombre se refiere a la vara de autoridad principal y a las cenizas, a lo mejor quieren decir las cenizas de los desaparecidos, ¡ve tú a saber!

Tatsunatsi, ésta en una forma de llamar a Tanana en la forma antigua del hablar. El 12 de diciembre se hace algún cambio de *maliatoma*, pero lo más importante es que los *kawiteros* tienen que andar arreglando a los que se eligió para ocupar el cargo de autoridad para

el próximo año. Uno por uno los citan, a lo mejor tienen que mandar agarrarlos. Uno por uno los conviden, se rehúsan, insisten, se rehúsan, los amenazan, vuelven a rehusar diciendo todos los defectos que se encuentran, otros ruegan otra invitación y más amenazas. Los otros se quedan sin argumentos, ya aceptan la copa que se les ofrece, la beben, ya no pueden zafarse.

La Navidad parece que ni existe, más antes algunos de la capilla hacían una vigilia y ayunaban, por acá ya se acabó, nomás los de Santa Catarina se acuerdan.

* * *

Con todo lo que antes te llevo contando ya te das cuenta por qué está tan ocupado el tiempo del huichol. Cada día se tiene algo preparado y con cada día se van apareciendo cosas de la obligación que se han de preparar todavía más. Luego todo el tiempo se va ocupando de celebración en la celebración. ¡Te digo que es mucho trabajo! ¿A poco no es difícil ser huichol?

En cambio que fácil es ser vecino, tienen sus fiestas y no tienen que preparar nada para sus deidades, no se acuerdan de ofrendar, nomás se emborrachan, tocan sus trompetas, disparan sus pistolas, aúllan sus gritos los borrachos, les pegan a las mujeres, a los hijos: así nos muestran su celebración. Y aquí pregunto: ¿Por qué las deidades no son parejas? ¿Por qué a los vecinos no les exigen y por qué no los castigan? Los huicholes jóvenes ya lo vienen notando, ya no ponen atención, muchos ya no atienden, ya no aprenden; la mayor parte ya no tienen fuerza en su creencia, fíjate que no entienden las palabras elevadas de los cantos y los rezos, ya no entienden el lugar y la relación de los sobrenaturales. ¡Con qué gusto se van a la Costa!, se portan como los vecinos, se ponen pantalones, camisas y sombreros; y cuando regresan no participan del *costumbre*, nomás les gusta la

ocasión para emborracharse. Yo noto que nomás están agarrando lo fácil, como hacen los vecinos. No quisiera decirlo, pero yo sé que el mundo va a cambiar.

Al pobre huichol que cree es su corazón, si olvida alguna manda o no puede cumplir algún rito, a ése le mandan su castigo: se enferman los hijos, se mueren los animales, se seca la milpa o se desbaranca el pobrecito. ¿Por qué, pues, los dioses no son parejos? Parece que quisieran más a los vecinos; ésos no les rezan, ni obedecen nada, ni les guardan abstinencia; en cambio todo lo tienen fácil, refácil.

¿Por qué, pues, los dioses y los sobrenaturales no son parejos? ¡Parece como que quisieran que su mundo se acabe!

V. ORIGEN DE LA PEREGRINACIÓN DE LA VIDA

Resumiendo: a través de las narraciones de los cantos, narraciones de “los que saben”, es posible distinguir la manifestación de las deidades y los sobrenaturales se vuelven evidentes a medida que los hechos estructurales de la cultura huichola van teniendo lugar.

En la mentalidad del huichol no existe la necesidad de explicarse a sí mismo los hechos que narra o le son narrados; tampoco exige la disciplina de la secuencia lógica. Él acepta las narraciones que le son dadas estableciendo la relación de secuencia a medida que va dominando la totalidad o casi la totalidad de los episodios que abarcan las creencias culturales y religiosas. Aun al llegar al dominio del conocimiento, tendrá que hacer algún esfuerzo al verse presionado para explicar el hilo de los hechos y las razones o bases de ellos.

Del conocimiento global de esos hechos se hace manifiesto que éstos ocurren (y algunos se repiten) a través de tres etapas generales: la etapa de la obscuridad, la etapa de la penumbra y la etapa de la luz y el calor. La etapa de la obscuridad transcurre con la presencia de un Ser único, en una vaga situación: la de la nada, razón por la cual este Ser único está en condición de no ser, puesto que no hay nada ni nadie ante quién ser. En este punto del conocimiento se percibe la vaga noción de que ese Ser único no lo es tanto, puesto que de sí mismo se han manifestado deidades y sobrenaturales, los que de algún modo deslizan su presencia en la obscuridad de la nada. Y es que desde entonces ya todo existe, “como en su semilla”, dirán con sencillez quienes saben.

El Ser único al fin *es* cuando multitud de sobrenaturales chocan con *Tatéwali*, que se ha hecho manifiesto, dándose lugar a la formación del cosmos. Con su débil luz, tiene entonces lugar la etapa de la penumbra. En esta etapa van a ocurrir gran parte de los hechos que pueblan la creencia del huichol. Un alto porcentaje de estos hechos

dan lugar a circunstancias y efectos de la vida; otros explican, establecen o refuerzan los elementos de la religión y de la naturaleza; ésta, en estrecha liga con aquélla. La gran mayoría de esos hechos, de una u otra manera, se van a relacionar con la creación y continuidad del sol.

Es en la etapa de la penumbra cuando se hace manifiesta *Takutsi Nakawé*, representativa de la tierra, de la vida y del crecimiento; es, en mucho, la contraparte huichola de la *Coatlicue* náhuatl. En su calidad de creadora es generadora de sobrenaturales y de criaturas vivas; aun cuando los sobrenaturales ya eran, a manera de emanaciones, cuando en la obscuridad y la nada sólo *era* el Ser único. En ese entonces también *Takutsi*, Nuestra Abuela, ya era entre los sobrenaturales, aunque era “como en su semilla”. En el habla arcaica *Nakawé* funde los vocablos carne, que en el náhuatl clásico es *nácatl*, e inmutable. También refuerza su esencia como ser sobrenatural con la sílaba *ka* intermedia, que duplicada nos da el plural *kakaiyari*, lo relativo a los sobrenaturales. Queda así expreso, en pleno, el nombre como se enuncia en su totalidad: *Takutsi Nakawé*: fértil engendradora de las criaturas, devoradora implacable de las mismas, mecanismo y resumen de la vida.

Takutsi representa una compleja fase en el proceso de la creación. Hasta en tanto no haga acto de presencia, el universo parece obra de un capricho. *Tawé*, el Creador, nunca es tildado de caprichoso como el resto de deidades y sobrenaturales, es por ello que se intuye un propósito para “el mundo” creado. Este término, “el mundo”, abarca a la creación dentro de los límites de lo conocido y lo que es posible intuir. Para que “el mundo tenga su sentido” *Takutsi* ha de cumplir con su destino, pero esta veleidosa deidad se va a mostrar renuente a sus obligaciones: ella es vida y la vida es difícil de materializarse.

En su personalidad dual de principio femenino y masculino, engendradora de vida, le es dado mostrarse con ambas apariencias por

sus barrancas, donde está haciendo su *costumbre*. Igual que cualquier *mala'akame* de hoy, va de una celebración a otra, toma tejuino sin limitación, gran parte del tiempo está ebria. Al mismo tiempo es la incansable viejecita, la más vieja de todas las viejas más viejas, arrugada al máximo; de pestañas, cejas y largo pelo blancos. Incansable deambula por las veredas de todos los barrancos, da consejos por ahí, aunque en otras partes parece que la están viendo borracha.

Contrasta su apariencia indefensa, su paso menudo y pausado en la vereda, con aquella que muestra cuando canta y se emborracha. Entonces su semblanza es fiera, fría, sobrecogedora; entonces puedes verle sus collares, cuelgan sobre su pecho: ahí están ensartados los huesos de las criaturas que devora. Seguido estrena nuevos collares. Pero no te fíes de su otra apariencia de ancianita indefensa, pues a medida que la contemples con atención, le irán creciendo las garras en las manos y los pies, a la expresión de su cara se superpone su expresión más fiera, como si la otra fuera una máscara. Aléjate al momento y olvida su apariencia porque si no lo logras, un instante después sólo dejará tus huesos y los traerá colgados en su pecho por un tiempo.

Costó trabajo que *Nakawé* cumpliera su destino, tuvieron que obligarla los sobrenaturales. Llamaron a los más valientes: *Palietsika* del oriente y *Tseriákame*, el que es guardador de la derecha, es decir del sur, recibieron el encargo. Actuaron como los cazadores, guiaron a su partida, pusieron la trampa por donde sabían que tenía que pasar. Ahí cayó, ahí fue donde quedó atrapada. Pronto vinieron los del encargo, aprovecharon que estaba borracha y se quedaba dormida; si no, quién sabe qué les hubiera pasado. Amarrada la llevaron con los principales, amarrada la colocaron donde estaba destinada. Todavía estaba dormida; no la desataron hasta que la aseguraron con las flores de *srrapa*, el papel sagrado; con las flechitas mágicas ungidas fijaron las cuatro extremidades. En la cabeza pusieron su jícara, sobre el

plexo le dejaron su *teapali*, la horadación quedó sobre su ombligo; le pusieron su *muwiel* en la mano, sólo entonces la soltaron.

Cuando *Takutsi* recobró el sentido, tenía conciencia de su destino: y luego, sentada sobre sus talones, con la falda doblada sobre la cintura, fluyó la placenta en una gran manejada. Inundó los confines, se esparció por los cinco niveles y formó los mares del mundo. En aquellos mares se desenvolvían los deidades serpientes; destacaban *Tatei Alamala*, *Tatei Ulianaka* y *Tatei Uteanaka*. Las tres son madres de los peces y de las nubes. Ya los animales del agua se movían entre las plantas.

Las diosas serpientes se asomaron curiosas fuera del agua. *Tatei Ulianaka* se remontó por el vientre de *Takutsi*, que ahora estaba recostada. Fue *Tatei*, Nuestra Madre a establecerse a *Matinieli*, “donde brota”; desde entonces también el sitio se le llamó *Tatei*: *Tatei Matinieli*, “donde Nuestra Madre brota.” *Tatei Ulianaka* se convierte en la madre de las diosas serpientes que gobiernan las nubes y las lluvias de todas las formas y de todos los confines. Conforme a lo anterior también es madre de las cinco diosas-venadas. En su oportunidad será madre adoptiva de *Tatei Nuariwame*, protegida de aquélla. *Tatei Uteanaka*, señora de los peces de ríos y lagos, también se queda en *Tatei Matinieli*.

Las plantas marinas, o muchas de ellas, estaban animadas; por el vientre de *Takutsi* subieron curiosas, se les secaron las bases y las enterraron en el suelo en busca de agua. La sequedad de la superficie las fijó al suelo; para sostenerse, quedaron arraigadas. A los animales que seguían a las plantas que ya tenían patas les gustó aquí arriba y se quedaron; sólo pocos animales sin patas pudieron establecerse, los otros regresaron. Los peces que encontraron lugares con agua también ahí se quedaron. *Tatei Srapawiyeme* se quedó en el lago de Chapala.

Takutsi Nakawé volvió a sus quehaceres. Aún cuando no se señala el hecho específicamente en los cantos sacros, se le supone una vida solitaria, a veces en los sitios donde *canta*, es decir, donde celebra

conforme lo hace el *mala'akame*. Otras veces se encuentra por las veredas donde da consejos o despliega su fiereza, según la suerte de cada quien. También se le encuentra en *Wilikuta*, donde se muestra a aquellos a quienes quiere proteger, a los cuales instruye sobre el conocimiento del *mala'akame*.

Los sobrenaturales están disgustados, repetidamente *Takutsi* es acusada por los destrozos que causa. Las autoridades la han mandado advertir, repetidamente, que no destruya más vidas. Cuando las quejas se han repetido la han mandado requerir, varias veces le han mandado que se presente. Ella no ha acudido; a veces los *topili* no han vuelto. Los principales han llamado a los valientes, necesitan voluntarias para hacerla comparecer por la fuerza. Varias tentativas fracasan, *Takutsi* sabe de antemano lo que se trama. Después de cada fracaso se redoblan los preparativos mágicos, se aumentan las ofrendas a las deidades principales de todos los lugares. Una vez más son convocados los valientes.

Dicen que nunca hubo mejor *mala'akame* que *Nakawé*, a lo mejor ni *Tatérwari*. Los que van a traerla van muy apercibidos. Todos llevan consigo sus mejores amuletos, llevan consigo sus poderes, tienen la ayuda de todas las direcciones. Esta vez no denuncian sus intenciones. Saben que *Takutsi* está cantando y dan tiempo a que se canse; alguien les va a avisar cuando ya esté tomada. *Takutsi* deja una celebración y sigue con otra, le dan mucho tejuino, luego todavía sigue a otra. También le dan mucho tejuino. Ya tiene muchos días que canta en una y en otra parte, está muy desvelada, ya tiene muchos días que le están dando mucho, mucho tejuino; ya anda muy, muy borracha, pero todavía no se cae.

Impacientes, los sobrenaturales deciden lanzarse por sorpresa sobre *Nakawé*. Vienen dirigidas por *Palietsika* y *Tseliákame*. Les presenta mucha pelea y les cuesta mucho trabajo reducirla; al fin la apaciguan invitándola a que vaya a seguir tomando donde la llevan.

En el camino se disipa un tanto su borrachera y, dándose cuenta de lo que pasa, despliega toda su fiereza; con dificultad se libran de su ataque, está dispuesta a devorarlos a todos. Cuando se lanza sobre *Tseliákame*, éste logra disparar su flecha que da en el costado de *Takutsi*, quien cae mortalmente herida. Por mucho tiempo hizo pagar caro el agravio a los sobrenaturales, les mandó a fabricar toda clase de ofrendas. Durante largos años tendrán que celebrar el *mawalisrra*, el ofrecimiento. Luego le tienen que hacer *la casita*, el *sriliki*, en el precioso lugar donde fue herida y en todos los lugares donde ella celebraba. En toda festividad y en todo rito habrán de dedicarle ofrenda y su alimento. Todavía hoy no han acabado de pagarle, aún está presente cobrando en toda celebración. En los sitios donde fue tendida *Nakawé* para la creación de la vida y en aquellos donde cayó cuando fue herida, todavía se aprecian las huellas de su presencia: junto al promontorio que parece un vientre que emergiera del subsuelo, ahí, al ras del piso, sobresale su sexo de enormes labios rojos. Precisamente sobre esas imágenes de su sexo se levanta, a la fecha, el correspondiente *sriliki*, la *casita*.

* * *

Oye un consejo: cuando vayas notarás que junto a la imagen de la *cosa* de *Nakawé* están sus bastones tendidos a lo largo. Pues tú tienes que llevarle uno nuevo, su vela, su jícara y su demás ofrenda, así como tú sepas. Le riegas su agua, le rezas y le pones la ofrenda. Dormirás ahí aquella noche, tendido en el sentido de los bastones de *Takutsi*. A la mañana siguiente harán las aspersiones a *Tayau*, Nuestro Padre el Sol. Luego las harás al fuego, si es que lo encendiste y enseguida a *Takutsi*. Rezas, tomas uno de sus bastones y ya puedes despedirte y alejarte. Te conservarás así como te presentaste, seguirás igual años y años.

Luego, cuando te canses de ser siempre joven (porque todo lo bueno, hasta la juventud, llega a cansar cuando se tiene por mucho tiempo) regresa al sitio donde fuiste. Traerás el bastón que tomaste, seguro que lo tienes porque si lo hubieras perdido o lo hubieran roto, ese día hubieras muerto. Bueno, pues traes de vuelta el bastón, haces lo que hiciste la vez anterior. Por la mañana al terminar las aspersiones y tu rezo, das las gracias, dejas el bastón donde estaba y te despides. Aléjate rápidamente para que llegues lo más pronto a tu casa, pero apresúrate porque vas a envejecer muy rápido, no sea que se te acaben las fuerzas jóvenes antes de llegar a tu casa. Ya puedes sentarte a la puerta, tu vejez será larga y tranquila, estarás contento por lo muy bien que has vivido. Luego un día llegará la *mukiyali*, lo que el vecino llama la muerte; en tu rostro quedará una sonrisa al recuerdo de todo lo bueno largamente disfrutado; el *mala'akame* no tendrá ningún esfuerzo para conducirte, para ayudarte, porque te estarán acompañando los emisarios de *Nakawé*. Todo por una noche que dormiste, decidido, con ella. Además, si aprovechaste bien tu juventud en el conocimiento, entonces en cinco años volverá tu *itaikali*, que es tu esencia; aparecerá en el *takuatsi* del cantador de tu rancho. Ellos te tendrán mil y mil atenciones. Tú velarás por ellos. Estarás con ellos en la forma de un fragmento de cristal de roca.

VI. LA GRAN GESTA DE LA CREACIÓN DEL SOL

Durante la etapa de la penumbra el objetivo principal de deidades y sobrenaturales será el de dar paso a la etapa de la luz y el calor. Más de la mitad de los incidentes contenidos las largas narraciones de los cantos y de las historias narradas por los viejos, más bien los abuelos, se refieren a las peripecias para la creación del sol, o tienen consecuencias, o tienen relación estrecha con ese mismo propósito.

Las narraciones, paso a paso, se refieren a cómo va teniendo lugar cada incidente. En cada caso hay intentos fallidos que, al final, mediante el establecimiento de algún ritual y con la ayuda de deidades y la intervención de los sobrenaturales más caracterizados, alcanzan el éxito. Estos incidentes progresivamente se enlazan uno al otro hasta componer una larga cadena que constituirá todo el ritual.

En el caso de la creación del sol, dicho ritual viene a abarcar la totalidad del año agrícola, que comprende de julio a junio. Por ello al oído del huichol suenan tan extrañas las preguntas específicas de investigadores y visitantes, éstos que preguntan por las fases de un *mawalisrra*, por los pasos de un *Tatei Neisrra*, que escrutan en la caza del venado sin percatarse que todos y cada uno de los pasos son parte de un propósito. El logro máximo de estos curiosos consiste en acompañar al huichol en *Palietsie Nepakunua*, la jornada a *Wilikuta*, sin entender la actitud del anfitrión que mira compasivamente la ignorancia del aspirante y que consecuenta la intrusión como parte del juego cómico a cargo del *tsikuake*, el payaso, y sus dos ayudantes que todo el tiempo han de parodiar al *tsaulisrrika* y los dos *tatatali*, ayudantes de aquél. La respetabilidad del invitado sólo se mantendrá con la boca cerrada, con la observación de lo que se ha de hacer, precisamente en el momento que le toca; aun así, su condición de intruso se hará más evidente durante los ciclos de jocosidad comprendidos en la jornada. El comentario jocoso-compasivo se acentúa

cuando aquel pretende que llega al grado de *mala'akame* porque los ha acompañado cinco veces a *Wilikuta*.

Esta peregrinación, *Palietsie Nepakunüa*, tiene un valor de importancia dentro del ciclo anual del ritual del sol; quizá vale por sí misma tanto como el resto del ciclo. Sin embargo, carece del valor si faltan las demás celebraciones, aunque sea una sola de ellas, en especial la cacería ritual del venado; sin este requisito el viaje a *Wilikuta* es sólo un paseo, y puede ser catastrófico si durante la cacería no se logra encontrar y cobrar la presa. A riesgo de vivir bajo cierto temor, se puede prescindir de esta celebración durante unos años. Así algunos grupos periféricos han dejado de observarla totalmente.

Los autores relacionan *Híkuli Neisrra* con *Palietsie Nepakunüa*, lo cual es acertado: aquella celebración cierra la parte propiamente del peyote, que en su concepción original ocurre en unos nueve meses. A su vez *Híkuli Neisrra* está vinculada a *Namawite Neisrra*, la fiesta final, ambas caracterizadas como celebraciones dedicadas al sol.

Unos tres meses (algunos días más) se dedican a nuestras madres, las dadoras de las lluvias; a ellas, aunque sin olvidar al sol, van dedicados los ofrecimientos, *mawalisrra*. Este lapso culmina con *Tatei Neisrra*, el Baile a Nuestra Madre. Otros nueve meses (una quinceña menos) se dedican a Nuestro Padre, *Tayau*, también designado *Tawesrriküa*, Nuestro Inmutable, fuente de luz y calor; tampoco se olvida a nuestras madres en ese lapso; de la misma manera, en toda la anualidad se ofrendará a los creadores *Tatéwali* y *Takutsi Nakawé*, el Bisabuelo Fuego y la Abuela sobrenaturalidad-carne-inmutable; es decir, el proceso de fecundidad y crecimiento. Por aquello de las dudas, tampoco se deja fuera a los ancestros sobrenaturales y a los hermanos mayores.⁴

⁴ N. del Editor. Según el párrafo anterior, se puede apreciar a grandes rasgos la estructura contenida en la concepción religioso-cultural náhuatl, aquella que al paso de los siglos va a culminar en la síntesis mexica (debíamos proponer la

Entendida la relación de significado que se da en los párrafos anteriores, se comprenderá el sentido en pleno del ciclo anual de celebraciones en la cultura del huichol, en el cual han quedado incrustadas las celebraciones pseudo-cristianas introducidas durante los siglos que duró el virreinato.

* * *

Lógicamente, la idea de crear al sol no existe en primer plano durante la etapa de la obscuridad; aún cuando se hace evidente, no se expresa abiertamente para dar lugar sólo a la aparición de la tenue luz del firmamento. *Tatéwali* manifiesto es incorporado como la deidad vieja, el incapacitado anciano, cuando los ancestros sobrenaturales se apoderan de su representación, el fuego con su luz y calor, a pesar de la prohibición de las deidades tutelares.

La sabiduría de *Tatéwali* es la que traza el esquema de superación. Con la experiencia que ha dejado la creación de los cuerpos celestes es perfectamente explicable la posibilidad de dar lugar a un astro aún más luminoso. Se hacen varios intentos, en el gran fuego ritual son arrojados grandes *niélika* provistos de un gran espejo y reforzados con atributos mágicos, sobrenaturales. Los alternan con *teapali* en los cuales se graban los más poderosos símbolos mágicos: todos fallan, sólo logran esferas de cierto tamaño, semi-incandescentes. Algunas se apagan como el barro de las ollas. Tardarán mucho en averiguar la razón de los fracasos: *Tatéwali* ha provisto a los sobrenaturales con su *teapali* personal, este *teapali* mágico de medianas proporciones es

grafía *mexhika*, que explicada sería hoy más ajustada al valor fonético original). La síntesis a que nos referimos queda objetivizada en las construcciones de los templos mayores de Tlatelolco y México-Tenochtitlan (según la grafía antes señalada, hoy leeríamos Mexhiko), los templos de Tlaloc y Huitzilopochtli (quizá es más justo consignar Huitzilopochtli -Tezcatlipoca, forma de expresar el Tezcatlipoca devenido en Huitzilopochtli).

la base sobre la cual se ha de encender el fuego ritual. Una vez colocada la almohada y los cruceros, con las varas que aportan cada uno de los ofrendadores, arrojadas todas sobre la leña en posición oriente-poniente, bastará colocar un poco de hierba seca encima para que el fuego se inicie sin mayor trabajo, espontáneamente. La magia de este *teapali*, afín a la magia de los *niélika* y *teapali* ofrendados, permiten la ignición, pero no la incandescencia del objeto. Además el dios-sol requiere algo más que el cuerpo de una ofrenda para materializarse en él y hacerse presente al mundo. Conscientes de esta demanda, los sobrenaturales buscan nuevos objetos de sacrificio.

Ya tienen tiempo sacrificando aves, todas reconocidas como pertenecientes al sol. De la hoguera surgen sus cuerpos encendidos que luego se consumen en la altura, se hacen humo y se dispersan entre las nubes. Dado que la deidad no parece satisfecha, nuevamente inician la búsqueda del sacrificado propicio. En vano interrogan a *Tatéwali*; está claro que los ofrendadores tienen que hacer la mayor parte del trabajo de identificación, como ha sido en el caso de los muchos objetos ofrendados, como ha sido también el caso de los muchos mecanismos rituales ya elaborados. En tanto el búho con su lúgubre canto, al ver que el tiempo se agota y el sacrificio no avanza, les viene previniendo sentenciosamente: “Ya todo esto se va a acabar”. La advertencia los apremia.

Los valientes se han venido ofreciendo voluntarios; tras el examen de los augurios van siendo descartados. Aquéllos que pasan las pruebas, al llegar al momento supremo, flaquearon lastimosamente.

“Es que no estaban llamando”, les aclaran las deidades tutelares. Descorazonados, los ofrendadores sobrenaturales prolongan indefinidamente su vigilia y abstinencias. Nuevamente canta su *tsaulis-rrika* frente al fuego ritual, de cara a su oriente. Los sobrenaturales, en círculo, en el descampado que rodea el fuego ritual, reanudan sus pensamientos y sus imágenes premonitorias, esperando que a

alguien, entre ellos, le sea dado algún otro fragmento de esto que parece un rompecabezas cuyo contenido, trozo a trozo, les viene siendo revelado.

Al parecer de ellos ya tienen compuesto el gran ciclo anual, el lapso de nuestras madres y el lapso del culto del maíz; sin embargo, en su plexo sienten que hay unos huecos que aún no saben llenar. Agotado su conocimiento se sienten al final de un callejón cerrado, presienten que el camino continúa en la misma dirección que han traído, pero una invisible pared elevada al infinito los ciega. Proyectan sus sentidos internos, como si se dijera los ojos de su alma, y sólo quedan envueltos en la densa niebla. Saben que más allá está la luz, una luz amarilla que le da su matriz al muro, tan alto que ni los sobrenaturales, ni siquiera los sobrenaturales venado han podido sobrevolar. El sobrenatural aguililla, provisto de sus objetos rituales, armado de su pluma mágica, ha volado a través del obstáculo siguiendo la dirección de *Wilikuta*; su peso creciente, aunado a su cansancio, lo derribó por tierra. Ahí nomás quedó su flecha clavada; los que hacen el camino a *Wilikuta* le dejan una flechita votiva, en recuerdo de su esfuerzo.

A los sobrenaturales les ha sido revelado el nombre de aquel que hará de víctima propicia. Su nombre es *Téirwali Niurweme*.⁵

Niurweme recibe a los emisarios con frialdad, él está preparando sus flechas y otros instrumentos conforme a la categoría que ha de asumir. Los hace que se marchen, ellos aún no están preparados; además, todavía no es llegado el tiempo propicio. *Téirwali Niurweme* es el hijo de la luna. Ella no quiere su sacrificio. No lo quiere porque

⁵ *N. del E.*: Hemos puesto este fragmento como nota para dar fluidez al texto. Su título no indica *vecino* o *forastero*; *téirwali* es el título que entre los hermanos, en náhuatl equivale a *tecutli*, es decir: señor. Así se acostumbraba en los tiempos en que los huicholes eran visitados por los emisarios mexicas, los llamaban *téirwali*; luego llamaron *téirwali* a los que armados de alguna forma de poder llegaban hasta ellos durante el virreinato. Hasta mucho después se generalizó el uso de este término para designar a los extraños no indígenas.

como madre se rehúsa a perderlo; pero tampoco quiere porque se opone a la creación del sol. Hasta ahora ella es reina en el firmamento; detrás de ella están las huestes de los cuatrocientos valientes. A su amparo medran las criaturas de la obscuridad y la penumbra, las deidades-serpiente, los sobrenaturales-animal nocturno, todos depredadores. Tal es el ejército que tras de la luna se opone a la creación de la luz y el calor. Los mismos protegidos de la luna amenazan el rancho del candidato a sol. Él se mantiene indiferente a las amenazas, consciente de su destino.

Téw wali Niurweme, el hijo de la luna, tiene el cuerpo cubierto de tumores, un ojo apagado y la cara deforme. Tiene el pelo desarreglado por los tumores, las manos retorcidas. También está baldado, las llagas le comieron un pie; al caminar apoya el muñón en un tocón de madera adornado, donde resaltan las plumas y un espejo. *Niurweme* nunca sonríe, siempre se muestra serio, más bien ceñudo. Sabe que al aceptar su auto-inmolación dejara atrás su personalidad común y emergerá convertido en deidad esplendente; hace mucho que se anticipó a su destino, por eso los sobrenaturales lo encuentran tan distante.

Repetidamente ha dictado severas pruebas a los sobrenaturales, quienes paciente y arduamente las han ido superando. El tiempo de espera se vino acortando así. El día de la prueba vinieron a acompañarlo, lo preceden los de la descubierta aclarando todos los caminos: sacuden propiciatorios su *muwili* enlazando los hilos del oriente, los que anudan las nubes fecundas del verano. La fecha sería hoy próxima a la iniciación de esta estación, a mitad del año de los santos. Inmediatamente delante de *Niurweme* marcha con su canto Nuestro Bisabuelo, *Tatéw wali*, es el *tsaulisrrika* de la partida que aquí celebran. Junto a él marchan los *tatatari*, nuestros pilares, nuestro apoyo, aunque se diga Nuestros Padres. Ellos son los ayudantes de *Tatéw wali*; en la columna vienen, entre otros sobrenaturales, su *itsu*, su

muwiel, su *niélika*, su *tsikuli*, su *seyu*, su *teapali*, su *ürü*, su *kaitsa*, su *matsurwa*, su *srukuli*; son los símbolos que, con su inmolación, van a ser consagrados.

Cuando el séquito se acerca ya los esperan los que representan *su pueblo*, porque el pueblo huichol ya era entonces, como es hoy, el pueblo del sol. De lejos todos se impresionan por el gran aparato de la columna y por la magnífica apariencia lejana de *Niurweme*, revestido con prendas mejor labradas que ninguna antes hecha. Al ver al candidato de cerca todo es decepción, todos han visto largo tiempo aquella pobre apariencia, sólo lo han respetado por ser hijo de la luna; por lo demás, su presencia deforme y empequeñecida les inspira desprecio.

Muchas voces airadas se alzarón, esto no es lo que se espera cuando se trata de la creación de un dios, se oponen todos a esa especie de mofa. *Tatéwali* y los suyos no prestan oídos. Llevan largo tiempo caminando hasta lo que ahora es el sitio elegido por los dioses: *Kusruteupa* es el nombre, el fuego está encendido en lo que ahora es la pequeña Mesa de Cajones. Ahí tienen ya ardiendo un gran fuego ritual, el resplandor de las llamas se refleja en la ladera opuesta del río Chapalagana, sobre el camino descendente de Pochotita. La gran jícara del destino (el firmamento) está en marcha, a la espera de la gran gesta y nada puede detenerla. Impasibles, *Tatéwali* y los suyos siguen adelante con el ritual, ajenos a los denuestos y las amenazas que han seguido a las protestas.

El canto sacro siguió adelante. Hacia la media noche el resplandor del fuego ilumina todo *el corazón del mundo*. Las llamas se elevan más arriba de donde vuelan las águilas. Los sobrenaturales-animal opositores vienen a protestar por aquella claridad que amenaza su existencia. *Tatéwali* y los suyos están sordos ante sus reclamos. Su poderoso *muwiel* mantiene a distancia a los opositores. El círculo, en tanto, se agita. *Niurweme* toma sus instrumentos mágicos, sus símbo-

los, los objetos que va a acompañarlo en la auto-inmolación. Inicia las cinco vueltas rituales en torno al gran fuego, de derecha a izquierda, en forma opuesta al movimiento de las manecillas del reloj.

Los envidiosos *burlistas* no han podido resistirlo; entre ellos están los valientes que antes fracasaron. Hacen a un lado a *Niurweme* y marchan aparatosos dando las cinco vueltas en torno al fuego ritual. Insolentes, marcan los pasos de su marcha haciendo temblar el suelo. Con lujo de arrogancia arrebatan los símbolos sacros, se sitúan en el extremo oriente del círculo y con ruidosa decisión se dirigen a la hoguera, sólo deteniéndose cuando el calor les cala. Nuevamente empiezan desde el borde del círculo: cinco veces fracasan. *Niurweme* les sonríe con simpatía, él conoce su destino; *Tatéwali* canta, impassible.

Téiwali Niurweme reanuda las cinco vueltas rituales en torno al fuego, al marchar cojea ligeramente, camina con ligero bamboleo. Toma su lugar en el círculo, dirige una mirada a los símbolos que aún están en manos de los valientes envidiosos, luego se encamina decidido hacia el fuego ritual. Una corriente de emociones y sobrecogimiento envuelve todo el ambiente, ya invade todos los corazones. Al marchar *Niurweme* todos se sienten arrastrados y tienen que asirse a sus sitios; el fuego se aviva luminoso cuando se desliza en su seno el cuerpo enhiesto del inmolado, quien de inmediato se desvanece en un cegador destello de luz; el brillo se prolonga. En el círculo hay una agitada conmoción, los símbolos se deslizan en dirección del fuego, los portadores son arrastrados por ellos, incapaces de soltarse. Se resisten a seguirlos, lucha sin esperanza. Cuando ya están por alcanzar las llamas componen la figura y entran en el seno del fuego enhiestos con paso firme; ahí quedaron, ahora son el corazón de los símbolos.

Del enorme fuego ritual asciende la enorme esfera que ha de ser el sol; asciende lentamente, su caluroso destello hace retroceder a los sobrenaturales espectadores, sólo los ofrendores parecen no re-

sentirse. Arriba, muy alto, se pierde envuelta en las nubes, espesas y oscuras; en bancos enormes, las nubes le han estado esperando.

De inmediato los ofrendores se han preparado para ausentarse diez días en la caza ritual del venado, cinco días marchan hacia el norte, dejan sus ofrendas en *Ututáwita*, la puerta que guarda esa dirección, son huéspedes de *Ausrramánaka*, Señor de los Aires y las Nubes Negras, dispensador del granizo y las heladas. Cinco días después están de regreso; los sobrenaturales marchan todos al oriente, van hacia la siguiente fase de los actos que se precisan para crear el sol. Durante los festejes previos el *tsaulisrriika Tatéwali* ha estado comunicando a los Señores de los Confines la marcha de los acontecimientos, éstos le han estado contestando, apercibidos para tomar la parte que les corresponde, en el momento preciso.

De la forma como se conduzca este primer viaje a *Wilikuta* depende que el sol surja en definitiva o se aleje para siempre, la posibilidad de su presencia en la vida. Todos los participantes deben observar cuidadosamente los pasos subsecuentes, todos deben observar las reglas fijadas por los dioses tutelares, igualmente deben consagrarse las ofrendas precisas y acompañarlas de los ritos exactos. Cualquier omisión, cualquier digresión, cualquier error, por mínimos que sean, pueden causar que el esfuerzo de todos los tiempos se pierda; todos se mantienen silenciosos, en su riguroso orden, atentos a la fiel observancia de cada detalle. Desde entonces, en los tiempos sucesivos se repetirá igualmente cada paso; durante siglos y milenios así se hará, ésta ha sido condición ineludible impuesta por *Tayau*, el sol, Nuestro Padre.

Todos tuvieron que pasar primero a *Teakata*: es desde entonces lugar obligado, se dejó ofrenda, se recogió agua de la fuente sagrada, ahí se venera aún a *Tatéwali*. Esta visita se complementa con la de *Aitsari*, situada en las tierras altas al sureste de *Teakata*. Obligado también es el acto de devoción a *Takutsi Nakawé*, por ello todos tuvieron

que pasar por *Takutsita*, su sitio predilecto de celebración. Después, por caminos convergentes descienden todos hacia las zonas bajas, en *Makusrriuya* (y sitios paralelos), con la ayuda del *tsaulisrrika* y del fuego ritual, se despojaron de sus faltas sexuales, las confesaron al cielo abierto. De ahí todos coincidirán en *Srrulawe Muyeaka*, donde ahora el recuerdo de *Tatutsi Masrrakuasrri* invocará para siempre el auxilio de *Tatéwali*.

Desde ese punto en adelante abundan los sitios en donde se dedica un pensamiento a todos los predecesores que fracasaron sucesivamente en el intento de forjar el itinerario; progresivamente fueron quedando aquellos en gigantescos grupos en piedra, cuya actividad recuerda el acto correspondiente de los sobrenaturales. Un error de los ofrendadores puede hacer que todos los participantes sufran igual suerte. En cada punto dejan sus ofrendas, elevan sus oraciones, realizan sus actos previstos. La expectación y el temor son grandes.

Prosiguieron por *Makuipa*, luego por *Witseltaktüa*, luego por el sitio dedicado al Altar de los Cinco Niveles, llamado *Niwatalitsie*. El temor creció al acercarse a *Tatei Matinieli*, sitio guardado por antiguas deidades-serpiente, compañeras de aquellas otras, marinas, que se declararon enemigos de la creación del sol. Pero ahí está el favorito de Nuestra Madre, *Masrrakuasrri Watákame*, también manifiesto como *Kauryumali Watákame*. *Tatéwali* lo confirmó *Tomosrrawi Watákame*, el guía de los aspirantes y los fieles en este sagrado desierto. Los rituales y las ofrendas complacen a los dioses tutelares, prosiguen su camino hacia *Wakurikitieni*, donde está el inflexible guardador del acceso a *Wilikuta*. Las madres presentaron a los ofrendadores y demás peregrinos, de quienes ellas salen garantes, al fin el primer grupo exitoso ha llegado a *Wilikuta*.

Los actos rituales prosiguen, se actúa el gran episodio de la caza ritual: ahora es el Venado Sagrado el que es buscado, la efigie de *Kauryumali* se transfigura irreconocible, también se desvanece en la atmós-

fera; es difícil localizarlo, sólo los puros de corazón, los que poseen un espíritu perfectamente inmaculado podrán adivinarlo. A los ojos de los sobrenaturales la figura de venado desaparece y sólo encuentran huellas de sus pisadas, cada una surge en forma de peyote. Al fin lo vieron, la boca del venado está llena de espuma verde, su figura superpuesta es la de un gran peyote con sus lados decorados con los colores del maíz, la figura de venado aflora con pequeños peyotes por la boca: es su corazón, el que lo tome adquirirá todo el conocimiento. Al hacerlo muere el venado pero de sus cuernos brotarán más peyotes, nacen nuevos venados, los dioses toman de ahí cinco mazorcas cada una con uno de los cinco colores distintivos del maíz.

La figura del venado-peyote se muestra cambiante, es primero la del venado recién nacido: su cabeza oscila de oriente a poniente. Luego es un pequeño venado con una enorme cornamenta, le cansa y le pide a *Tatéwali* que lo revele del peso de los cuernos. *Tatéwali* crea otro venado de las pezuñas del primero; hace un nuevo venado de gran alzada, quien al ver las jícaras sagradas rinde al ras de ellos su bella cornamenta. Éste será el sagrado *masrra* y llevará los nombres de los sobrenaturales que con él se asocian. Ahí quedó, pues, el venado de cuerpo pequeño, sin cornamenta ni pezuñas; recibe un gran par de orejas para substituir la percepción que le daban los cuernos: su apariencia es la del conejo, desde ahora estará asociado al sol, porque va a presenciar su nacimiento.

A medida que entra la noche se aprestan las deidades a adivinar el nombre del que va a surgir. Las deidades-animales hacen concurrir a sus emisarios; ninguno da con el nombre. En el transcurso de la noche *wakana*, el gallo, va anunciando cómo el sol sube cada uno de los escalones del *imumi* ritual que le fue ofrendado para ayudarse a ascender del inframundo. Cuatro veces ha dado *wakana* su anuncio. A poco emergen rojizas las flechas del que viene, apuntan directamente hacia arriba, el cuerpo del guardador de oriente se iluminó,

ahora le llaman *Masrra Srrureme*. En la multitud de los celebrantes hay abatimiento, aún no ha sido enunciado el nombre del que llega, todo el trabajo de los siglos puede fracasar por este simple detalle. Cuando las flechas del que ha de surgir se destiñen de rojo, cuando parece que la luz del horizonte se desvanecerá, he aquí que el sobrenatural guajolote adelanta su llamada: *tau, tau, tau, tau, tau*. Cinco veces seguidas se oye su voz y la llamada es correcta, el sol surge tras el horizonte, se ilumina al fin el mundo, la gran gesta mágica llega a buen término.

Tawesrrika, al reconocer su nombre breve, *Tau*, coloca al guajolote entre sus aves favoritas y la distingue obsequiándole su propio collar. Apareció el dios tras *Leunassare* donde se abre, donde se hunde el Cerro Quemado. Por ello ahí quedó dedicada la montaña como *Niwatali*, el altar de los cinco niveles.

El surgimiento del sol aún será objeto de dificultades, sus enemigos tratan de destruirlo, el clamor arrecia porque a la altura que ha quedado colocado es tan deslumbrante que hiere los ojos y su calor calcina la vida y la tierra. También se desatan plagas, al parecer a causa de los antiguos tumores del que fue inmolado; las llagas toman muchas formas y les hallan muchas causas. Las curaciones se logran al encontrar el desagravio adecuado a la deidad sol. De las tierras bajas vendrá una terrible plaga, la viruela; ha asolado grandes pueblos, ahora amenaza al pueblo del sol. *Kauyumali* es aconsejado por el propio sol cómo curar este temible mal que puede pronto exterminar al pueblo elegido: de las pústulas toma el líquido que de ellas fluye, debe trazar cinco cruces al tiempo que hace el respectivo rasguño. El agua que fluye, *Teateiene*, ha de impregnar la frente, el pecho, la espalda y ambos hombros. Así salvó *Kauyumali* al pueblo del sol de la destrucción. En su oportunidad los sobrenaturales logran hacer que el sol tome la altura adecuada para propiciar la vida, al tiempo que nos beneficia con su luz y calor.

VII. EL BINOMIO NÁHUATL PRE MEXÍCATL

El binomio engendrador de la vida lluvia-sol, mismo que rige el ciclo de la actividad religiosa del huichol, queda sintetizado en lo que su cultura llama *tseyu*, por sello; la síntesis es dada por el círculo, el águila y la serpiente que aparecen en el escudo nacional mexicano. México, como nación, toma su escudo del pasado inmediato, mexica, pero los antecedentes son mucho más antiguos, pues han quedado trazados en viejos surgimientos nahuas. El águila era el sol hace ya unos mil años; la serpiente era agua, lluvia y fertilidad hace todavía más siglos y aún milenios. Los huicholes aún claman que los antiguos mexicanos robaron el *tseyu*; ellos lo han tenido por milenios en el *teapali*, el *tseyu* es en esencia el gemelo de éste.

Yo no sé si es así como se los voy a decir, sólo puedo repetir lo que mi mente ha podido captar y es capaz de reproducir. Ya en todos nosotros se ha perdido la memoria de lo que nos sucedió en los tiempos profundos de la obscuridad; para nosotros sólo queda presente lo que pasó en tiempos más recientes, como algunas cosas que pasaron en tiempo de la Nación India, de las nacionalidades indígenas, a las que sólo podremos llamar así.

Hace ya tiempo, aunque en los tiempos recientes, los mexicanos se hicieron del poder; con la fuerza de este poder se aprovecharon del conocimiento, aquel conocimiento que tomaron de otras naciones a las que fueron atrayendo, subyugando como en una seducción, con fuerza y con engaño. Dueños del conocimiento se hicieron poderosos. Poderosos llegaron hasta nosotros, la gente de la Sierra, gente que se nutría de la pureza, que vivían en la sinceridad de sus vidas.

Un día llegaron sus mensajeros, vinieron acompañados de sus mercaderes cuyos porteadores dejaban ver, como casualmente, las cosas bellas que nos atraían. No ofrecían nada, sólo las dejaban ver.

Las mujeres, alarmadas, nos previnieron: “No se dejen atraer por la belleza de los objetos, antes bien, cuídense de las intenciones. Que los sabios los escudriñen desde atrás de sus escudos, los *nielika*, y que lean en los entornos de sus plexos la realidad de sus sentimientos.” Porque ya tú sabes que las personas pueden disfrazar la intención según componen sus palabras, o tras la simpatía de sus gestos. Pero eso no alteran el matiz ni la disposición de los signos en el *teapali* de los plexos, por eso los videntes no pueden ser engañados.

Pero los mexicanos actuaban rápido. Nosotros aún no decidíamos qué hacer y ellos ya estaban en el siguiente paso. Vieron que con sus mercancías no lograban resultados, entonces nos fueron tentando con aquellas cosas que no podríamos resistir, así fueron cambiando hacia aquello que nos fuera más apreciado. Nos tentaron una y otra vez...

Ahí fue que los señores se esparcieron en grupos de cuatro y de tres, se extendieron hasta abarcarnos a todos los que contemplábamos, pero que nos hacíamos disimulados. Luego ya sacaron sus canutos de tabaco, las hojas doradas eran gratas a los ojos como lo era el aroma picante y perfumado; era superior al tabaco de la costa que nosotros conocíamos como el mejor. Nos atraía con su dulzura. Lo irresistible vino cuando los mexicanos encendieron sus canutos, el humo se esparcía en un aroma especial, enervante, nos era imposible permanecer quietos en nuestros sitios. Hasta las mujeres empezaron a salir para contemplarlas volutas azules. Sin darnos cuenta, al acariciarnos los hilillos del humo, nosotros nos acercábamos más.

Sus llamados fueron en vano, los viejos águila, los que antes eran cinco veces águila, los más viejos y experimentados, los que luego llamaron *kawiteros*, trataron de alertarnos; nos llamaron hasta el enojo, hasta que nos apostrofaron a causa de nuestra sordera. Estábamos bajo el hechizo del tabaco mágico de las costas de oriente.

Los más viejos y las más viejas fueron los últimos en resistir, aquel tabaco sí que era insidioso, llegó hasta todos nosotros, encontró todos nuestros caminos. Al poco tiempo ya todos estábamos en trance, inconscientes, como en una profunda borrachera. Así era en nosotros el efecto de aquel tabaco, ya no sabíamos lo que pasaba a nuestro alrededor. Cinco días duró el enervamiento, nuestra inconsciencia. En esos cinco días se consumó el despojo. Ahora diré lo que pasó en esos cinco días.

Sus señores buscaban afanosos, dondequiera aparecían sus caras negras; traían las caras, los brazos y las piernas pintadas de negro; como antes, que pintábamos a los muertos al enterrarlos, pues para que no volvieran; los rostros negros de los señores espantaban. Su búsqueda se extendió por toda la sierra, más allá de Xoconostle y el Peñón Blanco de *Ausrra Mánaka* y más allá de Milpillas Pueblo Viejo. También registraron para el poniente, más allá de *Tsakaimuta*, *Kiewimuta* y *Tuakamuta*. Los del Guaybel y de la Pulga, los del Coyunque y del Cangrejo, aquellos coras les hicieron muchos muertos, fue en un acto repentino, los tomaron por sorpresa, decían que causaron muchas muertes. Otros fueron agarrados vivos, los coras los arrastraban cuesta arriba, ahí frente a la cueva que ofrenda hacia el oriente, ahí se los ofrecieron a *Tayau*: también ellos llamaban así a Nuestro Padre. Los amarraron de cabeza, colgados de los travesaños, les cortaron la cabeza, ahí se desangraron. Las jícaras con sangre fueron para *Tayau*, ahí en *Tsakaimuta*; las cabezas fueron para los que los agarraron, hervidas, limpios los cráneos. Tres días les bailaron en su patio, las guardaron. La respuesta vino implacable e inmediata, fue todo muy rápido. Por muchos días desfilaban de a diez y de a cinco los coras cautivos, mandaron muchos hombres, algunas mujeres, algunos niños. Fue muy grande el castigo. También enterraron a sus muertos, esas ceremonias funerales nunca se habían visto. ¡Pobres coras!, frente a la cueva en que se ofrenda a *Tayau* los mataban como

a venados. También ofrendaban la sangre; luego los corazones, los echaban en su fuego, en un bracero, como el corazón del venado. Como era muy grande el castigo, ahí trazaron los círculos mágicos. Los trazaban en varios sitios; con unos cantos que causaban miedo los enterraban dentro del círculo, los cantos estaban llenos de amenazas. A los muertos los hicieron guardianes, ahora son señores de los malos vientos. Todavía tienen a los coras espantados, ninguno quiere pasar por donde se trazan los círculos, por donde emergen; ni siquiera hablan de ellos en forma directa. Son señores de enfermedades y desgracias. En los confines de los pueblos se quedaron grupos armados, los situaron ahí para ofrendar a los muertos y para mantener el recuerdo. Unos grupos hasta hicieron pueblo, los que vinieron de sus hijos de sus hijos los conocemos hoy como *nanawata* (de náhuatl). En los últimos años algunos les vienen diciendo aztecas a los cráneos de aquellos muertos.

Los señores, pues, conducían la búsqueda y pronto desesperaban porque no estaban satisfechos con lo que encontraban. Cubrieron todas las veredas, no fuera que escapara aquello que buscaban; mandaron revisores a todas las cuevas: nada. Cuando desesperaron invocaron a sus dioses, ahí empezó nuestro castigo: frente a su fuego ritual de cara al oriente, ahí arrastraron a unos de los nuestros, que dizque los mataron también como venados. Fue ahí arriba de las peñas de *Tayau*, arriba de *Kusrreu Teupa*, en el parejito de Cajones, ahí donde sólo los muy sabios de Santa Catarina celebran. Les sacaron el corazón, la sangre bañó las peñas, en el bracero quemaron los corazones. Es de esas cosas que nadie habla, porque aquellos mexicanos eran sobrenaturales y a lo mejor vuelven a hacer lo mismo si se les recuerda. ¡Mejor no frecuentar esas veredas!

Ya cuando ofrendaron a sus dioses se enteraron; lo que buscaban se hallaba bien guardado, porque nuestros sobrenaturales, que ya sabían sus intenciones, todo lo habían escondido. No lo alcanzaban a

ver; por eso, no lo alcanzaban a tocar tampoco. Pero ahí estaban, sin su materia, suspendidos en los *kakaiyari*. Siguieron matando gente y siguieron invocando. Nosotros, dicen, todo lo veíamos, pero no nos movíamos, enervados; lo veíamos sin sentirlo, nuestro corazón estaba hechizado, los mexicanos iban y venían entre nosotros. Ni se ocupaban de mirarnos; dicen que buscaban los secretos de los símbolos, no tenían modo de encontrarlos. Nuestros ancestros sobrenaturales sufren nuestro sufrimiento.

Al proseguir los mexicanos sus invocaciones y sus ofrendas de nuestra sangre, nuestros ancestros sobrenaturales más y más se alarmaron, ya negociaron con sus dioses, fue al quinto día cuando acordaron. No les dieron todo lo que buscaban, sólo en un punto cedieron, nomás en eso convinieron. En la barranca del Chapalagana, a igual distancia de *Teakata* y *Kusrreuteupa*, en la dirección de *Kielurwite*, ahí queda marcado su sitio, ahí se fue materializando *tseyu*. Los mexicanos arrobados miraban con lágrimas en sus ojos, sus bocas derramaban oraciones, palabras cariñosas, luego más y más lágrimas. Dejaron todo lo que estaban haciendo; hasta que tuvieron las cabezas debajo de *tseyu* que los bendecía. Guiados por su movimiento tomaron las veredas: ahí van hacia las tierras bajas, que dizque van a hacer mucho pueblo; ahí van, pues, ahora ya pueden hacer su nación. Nosotros lo ignorábamos, pero sus señores lo sabían; los que tienen el sello tienen el poder. Así nos robaron a *tseyu*.

En el parejo dejaron regadas sus cargas, ya ni las recogieron: nos quedaron sus cuentas que llamamos *kuka* (de *cózcatl*, collar en náhuatl), nos quedó su cacao con que hacían su *tsokolate*, otras muchas cosas. Nos quedamos con sus hilos de colores y sus grandes paños rojos, cortamos sus piezas de algodón, nos quedaron muchas cosas. Ellos, en cambio tuvieron, ahora sí, su *tseyu*; sus señores ya no conocieron límites a su poder, desde entonces ya pudieron llegar hasta los confines del mundo.

A *tseyu* lo pusieron en su *bandera* (pendones de guerra) pero no se acordaron de dedicarle el lugar en su *tukipa*; les aguantó muchos olvidos, pero un día los dejó. Ya se los tenía advertido: que si no le daban su ofrenda, si no le llevaban su alimento, se iba a regresar a su origen. A los mexicanos les llegó su mala suerte, su poder que subyugaba imparable en todas las direcciones se ha disminuido, su lucha se les hizo dura, tienen que pagar mucha sangre para dominar. En vano han llamado a *tseyu*. Le hacen promesas. Ya él les dijo que un día va a regresar para que sigan haciendo su nación; les dice que ahorita está ocupado, que está haciendo su *costumbre*, está recorriendo sus lugares en *Wilikuta*, en su origen, les tiene que llevar la manda a sus madres, le tiene que cumplir su obligación a su padre.

Fue entonces, cuando los mexicanos no tenían su fuerza para luchar; fue entonces, dicen, que llegaron los españoles desplegando sus pendones, desenrollando sus papeles. Mostraron sus sellos, corrieron sus caballos, tronaron sus cañones. Tiempo después arreaban a la gente como ganado, los llevaban a las milpas de los españoles, les hacían capilla a los padres, les ponían fierros ardientes en la cara. *Tseyu* lloraba, pero ése era el castigo. Que dizque Nuestro Padre estaba de veras *muino*. Pobres mexicanos y pobres de las gentes que los reconocían; todos, todos sufrieron. Ahí está el ejemplo de esos pobres que los arrearon a los agujeros de las minas.

Sus familias ya sabían, a algunos casi ni les hacían bastimento. ¿Para que?, si en realidad ya estaban muertos, ya nomás les rezaban, ya nomás les cantaban. Muchos les entregaban ropa nueva, huaraches nuevos.

Antes, nunca nadie se atrevió a hacerles ese reto a los sobrenaturales de debajo del mundo: los que enterraron ya no volvieron a salir, cada vez se iban más abajo, más adentro... de esos nada quedó. *Tukákame* y su gente los ataron allá abajo en sus asientos; ahí, sin comida ni agua, todos muriendo de hambre. *Tukákame* y su gente, se apoderaron de ellos, se quedaron con sus huesos.

Cuando echaron de este suelo a los españoles, a los turcos, a los ingleses, a los chinos, entonces volvió *tseyu*. Los mexicanos lo pusieron en las banderas, en el dinero. Luego lo pusieron en papeles, dicen que el presidente le guarda su asiento, también lo calienta poniéndolo sobre su corazón. Los *teuteli*, la gente huichola todavía se acuerda: una vez los mexicanos nos robaron a *tseyu*.



Anexo I

EXPLICACIÓN SOBRE LOS TÉRMINOS WIRRÁLIKA Y HUICHOL

Los huicholes siempre se han llamado a sí mismos *wisrrálika*. Con el nombre de *wisrrálika* los conocieron siempre los otros grupos indígenas que fueron sus vecinos o tuvieron alguna forma de asociación con ellos. En ese término han querido ver algunos autores un significado religioso, lo cual está muy lejos de la verdad; el término es simplemente un gentilicio en el cual nada hay que implique magia, ni medicina, ni curanderismo, ni hechicería y ni siquiera la función de intermediarios rituales entre los hombres y dioses. Tampoco tiene nada que los considere “cabeza colorada” como aseguran aquellos otros que los hacen descendientes de los *kuachichil*, que viene del náhuatl *cuaitl-chichiltic*, que significaría “colorados de la cabeza”, lo cual no es el caso de los huicholes.

La explicación del significado de *wisrrálika* y cómo este término se generalizó desde el siglo pasado pronunciado como *huichol*, es mucho más simple de lo que parece.⁶

El primer cambio ocurrió con la desaparición del sufijo característico del plural del gentilicio, la sílaba *ka*, que en náhuatl significa

⁶ Ver nota del editor. Sobre el manejo de los términos huicholes en este escrito. Ver glosario para todos los términos y nombres.

“gente que mora en” o “procedente de”. Esa desaparición, como muchas otras, es explicable por dos razones: primera porque conforme al estilo del habla de los mayores, con cierta frecuencia alguna vocal y aún algunas sílabas finales son de pronunciación muy débil.

En segundo lugar, por culpa del duro oído de los conquistadores y colonizadores; habituados ellos mismos a sus sonidos exagerados y duros crearon grafías de lo que creían oír, que leídos como términos españolizados aparecerían al oído indígena como vocablos suyos aunque no propios, debido a que habían sido mutilados y distorsionados. Los ejemplos abundan en el español que se habla en México.

Al perderse el sufijo del plural del gentilicio *ka*, de *wisrrálíka* quedó *wisrrali*. Los sonidos propios del español de la época de la Conquista y de la Colonia sirvieron de base para interpretar el valor de los fonemas de las lenguas habladas en las tierras de conquista. Los correspondientes signos alfabéticos trataron de ajustarse, conforme a semejanza a los vocablos indígenas. De acuerdo con lo explicado *wisrrali* solía escribirse *güitsali*, *huitzali*, *güitzare*, etcétera. A esto debe agregarse que la forma de pronunciación de la *tz* (en algunos casos) terminó transformada en *ch*, como en huichol. El propio huichol con frecuencia dirá *Chapopa* por Zapopan; esta palabra en su origen tuvo un valor fonético de *tz*, es decir, la representación española de uno de los antiguos valores fonéticos de la *z*.

En cuanto al significado mismo del gentilicio *wisrrálíka*, a la luz de las explicaciones previas y según el valor del sufijo *ka*, se entiende que se refiere a gentes que pueblan un lugar caracterizado por la presencia de *wisrrali* muy afín a los términos derivados del antiguo náhuatl *uitz-tli*, que significa espina, púa, garfio vegetal duro, agudo, aguja, como en el caso de las espinas de la uña de gato y del huizache (en esta palabra se atestiguan con variantes del valor de la antigua *z* española si atendemos a la grafía original, *uitzantzin*). Así pues, el gentilicio en cuestión le dice al nahuatlato que se refiere a gentes

que pueblan lugares caracterizados por las plantas de agudas espinas; simplemente que donde habitan aquellos abunda lo que en nuestro español se abarca bajo los rubros de *huizachal* o *huizachera*, ambos generalizadores de los matorrales espinosos.

La designación así entendida también nos confirma que los huicholes más conocidos por otros indígenas de habla náhuatl eran precisamente aquellos más próximos, los de las tierras bajas sitas al oriente de la Sierra Madre Occidental, los de las tierras áridas de los que hoy es el norte del estado de Jalisco y sus colindancias zacatecanas. Sólo mucho más tarde los huicholes de las altas montañas adquirirán cierta notoriedad.

EXPLICACIÓN SOBRE LA PRONUNCIACIÓN

Ya que al entrar a la explicación de algunos aspectos religiosos de los huicholes setropezará constantemente con vocablos de esa cultura, para su mejor lectura es conveniente incluir unas breves aclaraciones al respecto:

1. Las vocales pueden ser pronunciadas como quedan escritas, ya que la semejanza es hoy casi absoluta; la salvedad radicaría en que la *o* y la *u* frecuentemente se confunden bajo ciertas circunstancias lingüísticas, en este caso se ha optado por la grafía *o*. También existe en el huichol una vocal adicional que aquí se representa como *ü*. [La forma moderna que usan los alfabetos prácticos en lengua wirrárica no es *ü*, sino *+*].

2. La lengua huichola posee la diptongación náhuatl que ahora representamos en español como *hua*, *bue*, *hui* y a veces aparece como *ua*, *ue*, *ui*. Ninguna de las dos formas de grafía resulta exacta en función de los valores fonéticos internacionales, por eso se ha escogido la *w*, que da un valor un tanto más justo, por lo cual aquí se escribirá *wa*, *we*, *wi*.

3. Debido a la gran amplitud internacional e interlingüística que da un valor común a la *k*, se ha preferido a ésta sobre la *c* y la *q*, que internacionalmente asumen diversos valores y en español están sujetos a reglas y excepciones.

4. Tratando de ser justos con los valores fonéticos tradicionales (y la concepción involucrada), las grafías tratan de ajustarse a los vocablos como los pronuncian los huicholes cuando hablan entre sí, de ahí la preferencia de usar *ü*, *w* y *k*, así como evitar la españolización a la que recurre el huichol cuando habla con personas periféricas a su cultura. En esa españolización los fonemas *wa*, *we*, *wi* son convertidos en *ba*, *be*, *bi* que no existen en la lengua tradicional y sólo aparecen en algunos préstamos recientes. También por tal españolización, limitada al habla con extraños, la *l* hichola, de leve pronunciación latero-lingual, es circunstancialmente (y por ello solo en momentos) substituida por la *r* intervocálica española, misma que tampoco existe en la lengua tradicional.

En el huichol tradicional tampoco existe la fuerte *rr* española, sin embargo el proceso de aculturación (el que se observa especialmente entre los jóvenes) hace que al hablar ante extraños y más bien para facilitar la comprensión de éstos, el sonido que aquí representa como *sr* y *srr* el huichol condesciende a substituirlo por *rr* española. [Se ha corregido siempre que se presentan errores en el manuscrito, que omiten la *l* y la sustituyen por *r* o por *rr*].

Algunos autores han usado la grafía *rh*, en cierto modo más precisa para representar el sonido antes mencionado. Así como el español tiene el uso de la *ch* con su valor muy particular, así también cabe aceptar que en otros idiomas existe la *sh*, a pesar de la miopía de las Academias de la Lengua y que también existen fonemas que podrían representarse *rh* (que podríamos usar en el huichol), *xh* (que se aplicaría al náhuatl) y tal vez hasta *jh* y *zh*, más otros que sugieran, para la escritura de muchos más fonemas.

A falta de una definición concreta, aquí se recurre al uso de los conjuntos *sr* (a principio de palabra) y *srr* (intersilábico) que para leerse, ha de pronunciarse simultáneamente una *s* española y una especie de *r* inglesa, produciéndose una *s* muy sibilante.

5. Queda sólo indicar que en la pronunciación general, según el valor fonético original se reconocen sólo unas pocas de las consonantes que corresponderían al español: *k, l, m, n, p, s* incluida en el conjunto *ts, t*, la *v* del español arcaico que se funda en la diptongación que aquí se representa *wa, we, wi*, por lo tanto la *w* sujeta a tal restricción, así como la *y* a principio de la sílaba solamente. Otras aparecen como préstamos o impuestas por actitudes culturales y serían: *b* que es la españolización de *wa, we, wi*; *d* que aparece en préstamos y se pronuncia como *r* intervocal; *g* que aparece en préstamos y ocasionalmente la *j* en forma de *k*. Definitivamente no se presentan la *f* ni la *q*.

También cabe advertir que en el habla común ocurren, con cierta frecuencia, vocales especialmente la *u* y la *o*, así como la sílaba final *küa* (a veces *ka*), cuya pronunciación es tan débil que se pierden, al oído no entrenado. Se ha juzgado innecesario incluir alguna grafía representativa al respecto.



Anexo 2

GUARDAS DEL CUADERNO DEL CORONEL

Currículum, lista de jicareros, notas en la cuarta de forros final.

1943-1945. Inicia su educación formal superior concurrentemente con su formación como oficial del Ejército Mexicano en la ex-Escuela Militar de Administración e Intendencia.

1947-1950. Empieza su especialización en actividades pedagógicas Colegio Militar, coronando al propio tiempo estudios de administración, economía así como las ramas humanísticas: psicología, sociología y antropología iniciada en su etapa de formación como oficial.

1951-1953. Realiza estudios superiores militares, administración y humanísticos en la Escuela Superior de Guerra, de donde sale a servir en el Estado Mayor General de la Secretaría de la Defensa Nacional de su país.

1955-1957. Es destacado al Command and General Staff College, the Senior Tactical School of the US Army en Fort Leavenworth, Kansas, EEUU. Estando allí es designado Instructor Huésped y al término se le entrega un pergamino por servicios sobresalientes

en sus funciones, así como la *Leavenworth Lamp*, pergamino de reconocimiento al saber.

1961-1963. Es destacado como instructor en la **us Military Academy** de West Point, NY, EEUU. En el transcurso de 1958 a la fecha sirve en la Escuela Superior de Guerra en actividades pedagógicas, en varias ocasiones. Ocupa diversos cargos en su especialidad administrativa y alcanza uno de esos máximos puestos al ser nombrado (1965-1966) Jefe de la S-4 (logística) del Estado Mayor General de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Durante largos años, reforzando su herencia cultural náhuatl por ambas ramas genealógicas, conduce trabajos de investigación de las culturas prehispánicas y sus secuelas socio-económicas en el México actual, en particular los grupos cora y huichol, convirtiéndose en una autoridad, por lo que es consultado por importantes instituciones, tanto en cuanto a los antecedentes náhuatl, como en los esquemas de integración hacia la verdadera mexicanización.

1971-19.. Actúa como coordinador, asesor y gestor de programas de integración y desarrollo de zonas rurales marginadas en una amplia zona de la Sierra Madre Occidental.

LISTA DE PARTICIPANTES EN UNA PEREGRINACIÓN A *WIRIKUTA*

Periodo 1971-1976. Las Guayabas, San Andrés Cohamiata

CARGO	IDENTIFICACIÓN	
	<i>Indígena</i>	<i>Castellana</i>
Ürükuékame	Hainuwe	Felipe de la Cruz López
Tatali	Haiyura	Agustín Montoya de la Cruz
Tsaulisrrika	Turatemai	Hilario Carrillo de la Cruz
Yeakuawame	Haimulame	Agustín González de la Cruz
Yulianaka	Haitemai	Efrén de la Cruz Carrillo
<i>etcétera</i>		

LAS CINCO PUERTAS

1. *Makurhiuya*, bajando de la sierra, cerca de Huejuquilla. Confesión, limpia, solicitar permiso seguir.
2. *Srurawe Muyeaka*, cerca de Valparaíso. Donde *Tatei Masrrakuairre* invoca la ayuda de *Tatéwali*.
3. *Makuipa*, cerca de Zacatecas al oeste, descansan los sobrenaturales de regreso.
4. *Wituerkatua*, cerca, al este de Zacatecas. Sobrenaturales se detienen a hacer el ritual.
5. *Niwataritsue*, en el desierto al noreste de Zacatecas. El sitio del altar de los sobrenaturales.
6. *Tatei Matinieri*.
7. *Wakurikitieni*. Bendiciones. Hollín del tepo, ungir. Presentación a las deidades, bendición de las ofrendas que van a *Wirikuta* y los símbolos de los niños. Sacrificio del chivo. Sangre y vasijas. Agua de todas las fuentes. Aspersión con xxxx. Al *Tsaulisrrika* y ayudantes. Luego a todos, al final el *Ürükuékame* a sí mismo.

Comida, ofrecimiento a todos y muertos. Dejar una tortilla en el plato. *Wakuri* (el portero) guarda la puerta al gran recinto sagrado de *Wirikuta*. La xxx presenta a los niños a las deidades y sobrenaturales. En *Wirikuta*, consagración del *weria* (ciclo con 5 presentaciones) con maíz untado de sangre de venado. Presentación a los sobrenaturales moradores de *Wirikuta*. Cambio de señalización en la dirección, ahora será al poniente. Las paradas de regreso son las mismas que a la ida. Al llegar a su tierra los *werika* preceden, los *tuwiami* dan cinco vueltas en torno de la *tsikuri* y *ürü* y cinco al *tepo*. Entonces estos tocan el *tepo*, se despiden de los otros niños con la forma de toque de hombros y la mano, como peyoteros mayores. Ofrecen *tuchi* a la *teukari*.
El tatei kuikame.

Glosario



Aitsari: lugar situado en las tierras altas al sureste de *Teakata*.

Alamala tsotuatemai: el occidente, en la base de todo.

Alamala, Aramara, Haramara: Océano Pacífico, Nuestra Madre el Mar.

Ausrra Mánaka: lugar de la izquierda, hacia el norte; cerro Gordo, Durango.

Ausrramánaka: Señor de los Aires y las Nubes Negras.

Cabecera: la almohada y los dos travesaños que se apoyan en ella formando una especie de equis con unos extremos más cortos desde su cruce.

Calihuei: casa grande, templo.

Carretón: casita techada de palma, sin paredes, en alto. Allí se guarda el maíz.

Coamil: milpa.

Colotes: los cestos grandes que unos llaman petacas; en otros lugares, tlacopetes.

Costumbre: rituales, ceremonias, actos que emulan lo que hicieron los ancestros sobrenaturales.

Cuarta: látigo corto para azuzar a las mulas.

Esquite: maíz tostado.

Hatusrrame: lugar, río Santiago.

Hewisrri: nuestros ancestros gigantes.

Híkuli Neisrra: danza o fiesta del peyote, fiesta del esquite.

Híkuli: peyote.

Iküamayali: ofrenda a la milpa, al desyerbar.

Imumi: escalera del sol.

Isrruapa tewiyari: punto de observación del huichol, nuestro eje.

Itaikali: esencia que retorna tras la muerte.

Itsüi: la vara de autoridad del principal gobernante.

Itsukate wamesrra: la mesa de las autoridades.

Itsunasrre: Todos Santos y Difuntos.

Jicareros: los que tienen el cargo de venadear y peregrinar a *Wiricuta*.

Kakaiyali: deidades, antepasados, dioses de los cerros.

Kanari: guitarrita canaria.

Katsitiya: Castilla.

Kauyumali, Kauyumali Watakame: Deidad venado, el que no conoce su nombre, héroe cultural.

Kawali, kanali: guitarrita.

Kawiteros: sabios, principales, personas que tienen cargo.

Kieli Tewiyali: quien enseñó a tocar música a San José.

Kieli: datura.

Kielwuite: ranchería, *tukipa* de Santa Catarina. Las Latas, en español.

Korposrriküa: Jueves de *Corpus*.

Kuka: cuenta, chaquira.

Kulusrri: cruz.

Kusrreu teupa o Kusrreu teupa: lugar del fuego ritual primordial.

Kuyeauwálíka, Kuyewwérika: río San Pedro.

Leunasrrare: Cerro Quemado.

Machibuis: el agua revuelta de masa donde se enjuagan las manos las que hacen las tortillas.

Makuipa: lugar.

Makusrriuya: lugar.

Mala'akame, mala'akate, mara'akame: cantador, sanador, chamán (plural).

Maliatoma: mayordomos de los santos.

Masrra Srrureme: nombre del sol con flechas.

Masrra: venado sagrado.

Masrrakuasrri Watákame: sobreviviente del diluvio, también *Kaanyu-mali Watákame*.

Matsw̃wa: muñequera.

Mawalisrra: el ofrecimiento, ofrenda.

Metseli: luna.

Mukiyali: la muerte.

Musrra: una borrega.

Muwieri, muw̃ieli: vara ceremonial con plumas, utilizada para hablar con deidades, ofrendar hacia los puntos cardinales, bendecir.

Na'al̃iwame: Nuestra Madre del Rayo; trae lluvias del oriente.

Namaw̃ite Neisrra: la fiesta final, baile final.

Nanawata: mexicaneros, hablantes de náhuatl.

Nasrriw̃iyáliküa: celebración lo dice: “es lo relativo a las cenizas de rescoldo”.

Niél̃ika: escudo de los sabios, espejo.

Niwatali: el altar de los cinco niveles; la parte sagrada del Cerro Quemado, capilla de la Guadalupana; también *T̃ep̃eyaküa*, La Villita.

Nu'al̃iwame, Na-Al̃iwame, Na-Ariwame: lluvia de oriente, serpiente roja, trae los rayos del mar, para romper el sitio donde los dioses guardaban el maíz.

Nu'ariwame: rayos, saca el maíz.

Palietsie Nepakunua: Nuestro Camino, jornada a *Wilikuta*.

Palietsika: guardador del oriente, del desierto.
Paliya Temai: guardador del oriente .
Pasrrikute: cambio de varas.
Sranatulesrri: San Andrés.
Sranitiyako: Santiago.
Srapalasrriko: San Fransisco.
Srawelo: violincito.
Sriliki: casita, capilla o altar de Nakawé.
Srrapa: papel sagrado, árbol de donde procede; amate, libro.
Srritákame: el jilote.
Srroma: Roma.
Srrulawe Muyeaka: lugar cerca de Jerez, donde bajó Venus.
Srrurawe, Srrulawe: Venus, estrella del amanecer.
Srukuli: jícara.
Ta: partícula que denota pertenencia; nuestro, nuestra.
Takuatsi: cesta-cajita alargada tejida de petate para guardar flechas y objetos rituales.
Takutsi Nakawé: abuela sobrenaturalidad-carne-inmutable.
Takutsi Takutsita: sitio predilecto de celebración de *Nakawé*.
Takutsi: Nuestra Abuela.
Tamatsi Tomosrrawi: Nombre de nuestro hermano mayor, tras la gran destrucción del diluvio.
Tamatsi eaka térwali: Nuestro hermano mayor, Señor del viento.
Tamatsi Kaunyumali: nuestro hermano mayor *Kaunyumali*.
Tamatsi Masrrakuasrri: deidad-fuego, segundero en la primera peregrinación.
Tamatsi: Nuestros Hermanos Mayores, venados.
Tanana Welika Weimali : Nuestra abuela Águila Joven (o doncella).
Tanana: Nuestra Madre vecina, Guadalupe.
Tasrraliekie Híkuli Neisrra: el baile final cuando es como parte final de *Híkuli Neisrra*, Fiesta del esquite.
Tatatali: ayudantes. Nuestros Pilares, Nuestro Apoyo, Nuestros Padres.

Tatei Alamala: Océano Pacífico.
Tatei Hatusrrame: río Santiago .
Tatei kié: casa de Nuestra Madre, San Andrés Cohamiata.
Tatei Matinieli: madre de las venadas-agua, madre de la lluvia. Ojo
 donde se le venera camino a *Wilikuta*, Agua Hedionda.
Tatei Neisrra: el baile a Nuestra Madre.
Tatei Nuariwame, protegida de *Tatei Ulianaka*.
Tatei Srrapawiyem: diosa de la lluvia del sur, asociada al Lago de Chapala.
Tatei Ulianaka: madre de diosas serpientes que gobiernan las nubes y
 las lluvias.
Tatei Uteanaka: señora de los peces de ríos y lagos.
Tatéwali: Nuestro Abuelo Fuego.
Tatowani mala'akate: gobernadores tradicionales.
Tatowani: vara de autoridad.
Tatsunatsi: forma de llamar a *Tanana* en la forma antigua del hablar.
Tatutsi Masrrakuasrri: Nuestro Bisabuelo Cola de Venado.
Tatutsi, tatatali: nuestros ancestros, abuelos, tíos abuelos, forma générica.
Tawe Wiékame: Nuestro Inmutable, al que le es dado crear.
Tawe: Nuestro Inmutable, Creador.
Tawesrriküa, Tawesrrikua: Nuestro Inmutable, Nuestra Inmutable
 Fuente de Calor, Nuestro Dios (cristiano).
Tayau: Nuestro Padre el Sol.
Teakata: fuente sagrada.
Teapali: piedra circular caliza.
Teateiene: agua que fluye.
Téiwali: vecino, no indígena.
Téiwali Niurweme: hijo de la luna que se convertirá en Nuestro Padre
 el Sol.
Tejuino: bebida embriagante de maíz fermentado.
Tékua tsuemánaka: el que preside todos los rumbos o rededores.
Tewi, teuteri: gente, huichol, compañero, huichol, paisano.

Tewiyali: lo que se relaciona con los huicholes, la llovienda.

Teyopani: capilla, templo católico.

Tomosrrawi Watákame: guía en el desierto, el que caomilea o siembra.

Tomosrrawi: aquel que recibió aviso de que iba a haber diluvio.

Tópili: topiles. Cargo comunitario, policías o ayudantes, mandaderos de las autoridades.

Tsakaimuta, Kiewimuta, y Tuakamuta: lugares al poniente; dios solar en Mesa del Nayar.

Tsakosé: San José.

Tsaulisrika: el que encabeza la partida a *Wirikuta*; el *mala'akame* de nuestras rancherías, del *tuki*.

Tseliákame: guardador de la derecha, hacia el sur.

Tseyu: sello.

Tsikuake: payaso ritual.

Tsikuli: la ofrenda de rombos colocados sobre una cruz, mal llamado “ojo de dios”.

Tukákame: inframundo.

Tuki: templo grande de planta circular, casa sagrada.

Tukipa: lugar donde esta situado el *tuki*.

Ülikuélame, ülukuékame: deidad-fuego, abre la marcha en la primera peregrinación.

Usrra: el color amarillo ritual y planta de donde procede, de *Wilikuta*.

Usrrantasrrawe: la planta de *Wilikuta* que saca la *usrra* para los peyotereros.

Ututáwita: puerta del norte.

Uweni: Equipal, silla ritual.

Wainaloli: danzantes.

Wakana: el gallo; constelación de la Osa Mayor.

Wakurikitieni: lugar de *Wakuru*.

Watákame: primer sembrador, sobreviviente del diluvio.

Weyakua: Cuaresma.

Wiékame: “al que le es dado crear”.

Wilikuta, Wirikuta: desierto donde crece el peyote, al poniente de
Real de Catorce.

Wisrrálika, wixalitali: huichol, huicholes

Witseltaktúa: lugar.

Yuimakuale: *Tatei Niesrra* por la noche, velación.



Historias Wixaritari

este ejemplar se terminó
imprimir en los talleres de:



en ??? de 2020.